

A man with light brown hair and blue eyes is wearing a light blue knit beanie and a thick blue scarf. He is holding his hands up to his mouth, as if cold. He is wearing a dark blue winter jacket. The background is a deep blue with white starry patterns and faint white lines connecting points, resembling a constellation or a digital network. The overall mood is cold and romantic.

ANYTA
SUNDAY

SIGNOS
DE
AMOR
INVIERNO

SIGNOS DE AMOR: INVIERNO

ANYTA SUNDAY

Traducido por
VIRGINIA CAVANILLAS

Índice

[Signos de amor: Invierno](#)

[Prefacio](#)

[Capítulo 1](#)

[Escorpio](#)

[Sagitario](#)

[Capítulo 2](#)

[Capricornio](#)

[Acuario](#)

[Capítulo 3](#)

[Piscis](#)

[Aries](#)

[Capítulo 4](#)

[Tauro](#)

[Géminis](#)

[Capítulo 5](#)

[Cáncer](#)

[Leo](#)

[Capítulo 6](#)

[Virgo](#)

[Capítulo 7](#)

[Libra](#)

[Leo quiere a Aries - Capítulo 1](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

Publicado por primera vez en 2021 por Anyta Sunday
4D Palm Grove, Berhampore, Wellington 6023,
Nueva Zelanda

Una publicación de Anyta Sunday
www.anytasunday.com

Copyright 2021 Anyta Sunday

Diseño de portada: Natasha Snow
Ilustraciones de los signos a cargo de Maria Gandolfo (Renflowergrapx)

Traducción: Virginia Cavanillas

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida sin previo permiso del propietario de los derechos de autoría.

Todos los personajes de este libro son ficticios y cualquier parecido con otras personas, vivas o muertas, es una mera coincidencia.

Este libro contiene escenas de sexo explícito.

Signos de amor: Invierno

¿Qué ocurre cuando nuestro héroe, que no se entera de nada, tiene una fe ciega en la compatibilidad de los signos del Zodíaco?

¿Qué ocurre cuando solo queda un signo con el que probar suerte?

Capricornio, Acuario, Piscis, Tauro, Géminis, Cáncer... Caspian los ha probado todos y, nada, la compatibilidad ha sido nula. Leo es su última oportunidad para ser feliz. Solo tiene que encontrar a uno.

Quizá su vecino y mejor amigo virgo pueda ayudarlo. Debería colarse en su casa y comprobarlo...

Prefacio

Queridos amantes del *slow burn*, esta historia pertenece a la serie *Signos de amor*, es una precuela que tiene lugar en el mismo universo que el resto de libros y puede ser leída de forma independiente.

Capítulo Uno



—**C**reo que te voy a tener que entregar mi carné de gay.
Eli se puso de pie y casi volcó su taza de café.

—¡Caspian!

Caspian dejó caer la mochila y su abrigo cubierto de copos de nieve sobre el asiento de vinilo y se sacó un carné de la cartera.

—Acabo de hacer seis horas de viaje en un coche compartido con un acuario, que casi seguro era bisexual, por cierto, que no ha parado de hacerme preguntas sobre mil temas LGBTQ+. —Caspian dejó caer el carné sobre la mesa entre ellos—. ¿Cuál es nuestro himno?

—Hola a ti también.

Eli abrió los brazos y Caspian se dirigió hacia él como un imán. Colisionaron el uno contra el otro, murmurando lo muchísimo que se habían echado de menos. Caspian lo agarró con la misma fuerza con la que Eli lo abrazaba a él, y absorbió su solidez y su familiar aroma a roble.

—No tenemos un himno —añadió, sus ojos azul hielo clavándose en los de Caspian—, pero no sé, ¿*Born This Way*?

Caspian se quitó el gorro de lana y se pasó una mano por el pelo.

—¿O sea que no es el tema ese que cantaba la rana Gustavo sobre el arcoíris?

—También podría ser.

Caspian se sentó en una silla desvencijada. Sus universidades estaban en extremos opuestos del país y habían pasado cuatro largos meses sin verse en persona. Tenían que intentar verse más, por muy complicado que fuera, porque nada podía compararse a la recarga emocional que le provocaban los abrazos de Eli. De hecho, seguía sintiendo el peso de sus brazos a su alrededor como un eco casi tangible.

Eli también se sentó, cogió el carné de Caspian y le dio unos golpecitos a la mesa de formica con una de las esquinas.

—Es un carné de la biblioteca.

—Es simbólico. Y no sé si merezco que me lo devuelvas.

No porque no hubiera sabido responder a todas —más bien a ninguna— de las preguntas que Acuario le había hecho, sino porque esa mañana había dejado el campus humillado y dolido tras su ruptura la noche anterior con Ethan (virgo).

Eli frunció los labios y dijo:

—La rana Gustavo cantaba verdades como puños, así que tiene lógica. —Cuando Caspian se masajeó las sienes, Eli se acercó más a él y, bajando la voz, le preguntó—: Ahora en serio, ¿qué te pasa?

Su mirada astuta lo estudió con intensidad.

Caspian suspiró.

—¿Qué tal si nos tomamos antes un café?

Eli le pasó su taza y Caspian dio un sorbo al delicioso líquido caliente.

—Gracias, cariño, eres el mejor amigo del mundo mundial.

—Vuelve a lo del simbolismo del carné.

—Mmm, este café está buenísimo.

—Cas.

En el exterior, la nieve cubría la acera como una alfombra blanca y se acumulaba a los pies de las farolas de hierro forjado. No debería estar tratando de eludir el tema y, mucho menos, con Eli, pero no podía evitarlo. Notaba la decepción arremolinándose en la tripa. La frustración, la preocupación.

—¿Qué planes tenemos para el finde?

—Los mismos que solemos tener el primer fin de semana de vacaciones de invierno: ayudar a la señora Wallace en su puesto de parafernalia del Zodíaco.

La señora Wallace era una vecina a la que le apasionaban los horóscopos; había sido su profesora de teatro en el instituto, y Eli y él habían mantenido el contacto con ella después de

graduarse. Ayudarla en el puesto que ponía durante el Festival del Lago Helado se había convertido en una tradición.

—Por supuesto. Oye, ¿has leído sus últimas predicciones?

—¿Desde cuándo el hecho de ayudarla con su stand conlleva que crea en la astrología?

—Esa es una forma muy diplomática de evitar la pregunta.

Eli soltó una carcajada. Fue una risa pulcra y cuidada, como todo en él.

—Vale, las he leído de pasada. Mi horóscopo no decía nada interesante, pero el tuyo... —dijo golpeando el carné cada vez más rápido sobre la mesa roja—. Libra va a tener mucha suerte en el amor esta semana. Qué bonito para ti y como se llame, ¿no?

—Como se llame y yo lo dejamos anoche.

Eli dejó de dar golpecitos con el carné.

—¿Qué ha pasado?

Caspian se encogió de hombros. Le empezaron a picar los ojos.

Eli dejó salir el aire en un suave suspiro.

—Lo siento, Cas.

Caspian negó con la cabeza.

—No estoy mal por haber perdido a Ethan. En absoluto. Es por la forma de perderlo. —Se bebió el resto del café y se escondió tras la taza—. No soy lo suficientemente gay.

—¿Perdona? —El aura protectora de Eli se despertó y envolvió a Caspian como un abrigo calentito—. Eso es una soberana gilipollez. ¿Por eso me has dado tu carné de gay?

Los clientes de las mesas contiguas los miraron y Caspian tuvo que tragarse la carcajada que estuvo a punto de soltar. Dejó la taza sobre la mesa.

—Me temo que tiene razón. ¿Podemos pedir otro café y hablar de ello en casa?

Eli contuvo su indignación. Era muy bueno gestionando sus emociones; demasiado bueno, quizá. Se metió el carné de Caspian en el bolsillo y se dirigió a la barra de autoservicio.

Mientras Caspian se abrochaba el abrigo, un chico con una cazadora de cuero que estaba en una mesa cercana se quedó mirándolo y, tras unos instantes, se acercó a él.

—Me resultas familiar.

A él no le sonaba de nada.

—Tengo una de esas caras comunes, supongo.

—Es una cara muy bonita —dijo el desconocido mientras se sentaba en el asiento de Eli.

—Te has sentado encima del abrigo de mi amigo...

—Me llamo John.

Pues nada.

—Vale.

—¿Y tú tienes nombre, encanto?

—Sí, pero no se lo doy a desconocidos.

John hizo un puchero.

—¿Hay alguna posibilidad de que te haga cambiar de opinión?

—¿Qué signo del Zodíaco eres?

—Capricornio.

—Entonces no.

—¿Por qué?

—No somos compatibles.

—Pues qué mala suerte, ¿no?

Caspian le hizo una mueca de disculpa y John se levantó y se fue.

—¿Hubiera tenido más suerte si hubiera sido tauro? ¿O géminis?

Eli puso los vasos de café para llevar sobre la mesa y lo miró con desconcierto. Era increíble lo expresivo que era con los ojos, a menudo sonreía con ellos en lugar de con los labios y a Caspian le encantaba ser una de las pocas personas capaces de leer sus expresiones tan bien.

—La verdad es que no. Salvo que hubiera sido leo. He salido con el resto de signos y no he hecho clic con ninguno.

—¿Con todos los signos?

—Con once de ellos. El último fue virgo y no repetiría jamás de los jamases. Somos lo más incompatible que existe.

Eli desvió la vista hacia sus cafés y, en silencio, se puso el abrigo.

Caspian lo miró con la cabeza ladeada.

—¿Por qué te has quedado tan callado?

—Porque soy virgo, idiota.



—ME REFIERO A QUE SOMOS INCOMPATIBLES EN EL ASPECTO SEXUAL —LE GRITÓ CASPIAN A ELI mientras caminaban por la nieve hacia su coche.

—En serio, Cas, ¿podrías gritarlo un poco más alto?

Caspian no había esperado el viento que se había levantado en esos momentos y que había lanzado sus palabras a la cara de Eli y a la de los demás transeúntes que pasaban por allí.

Se sentó en el asiento del copiloto, lanzó su mochila a la parte de atrás junto a la maleta de Eli, casi derramando el café en el proceso, y sujetó el vaso de Eli mientras él se ponía al volante.

—En el amor platónico somos lo mejor de lo mejor —continuó Caspian—, nueve años de amistad nos dan la razón. ¿Qué tal ha sido tu viaje hasta aquí con Astrid?

—Largo.

Caspian le hizo un gesto para que elaborara su respuesta un poco más.

—Se vuelve a vivir a Jakarta. Hemos decidido dejarlo.

—Así que a los dos nos han abandonado, ¿eh?

Eli le dedicó una mirada displicente y arrancó haciendo una mueca.

—Sí.

Caspian le dio un apretón en el hombro y le pasó el pulgar por el cuello.

—Lo siento.

Eli se inclinó hacia él, hacia su toque, durante apenas unos segundos, antes de incorporarse al tráfico.

—Era algo que se veía venir.

Caspian se giró en su asiento. Eso olía a drama y, aunque odiaba el drama en todo lo que tuviera que ver con él, cuando se trataba de otros, le daba la vida.

—¿Por qué?

Como era habitual en él, Eli midió sus palabras antes de hablar; esa era una de las cosas que lo convertían en la persona más inteligente del mundo.

—Sentía que sobraba, que era mi segunda opción.

—Es que tu carrera tiene que ser lo primero. Lo que estudias es tan... tú.

—No estaba hablando de... ¿Tan yo? Estudio para ser técnico de laboratorio.

—Recopilar datos, registrar resultados, cotejar información. En pocas palabras: tú.

—Ah, ¿sí?

—Tu escrupulosidad es legendaria, oh, mago de la organización, me postro ante vos.

Caspian hizo una especie de reverencia y Eli negó con la cabeza con expresión divertida.

—Pásame mi café, anda. —Cuando lo tuvo en su poder, le dio un trago—. Sabe a quemado.

Sí, sabía raro, eso era cierto.

—Me he dado cuenta cuando lo he probado en la cafetería.

—¿Por qué no has dicho nada?

—¿Qué importancia tiene que un café esté malo con la de problemas que hay en el mundo? Ninguna.

—Podríamos haberlos devuelto.

O no. Porque si Caspian podía evitar una posible confrontación, lo haría. A toda costa.

—¿Y hacer sentir mal al camarero? ¿De verdad merece la pena? Trabajan muchísimas horas por un sueldo de mierda. No seré yo quien les haga sentir peor aún solo porque un café, uno solo, esté quemado y sepa mal.

—Dos cafés —lo corrigió Eli.

—Venga, cariño, sabes que tengo razón.

Eli hizo un ruidito de asentimiento antes de contestar:

—Has apelado a mis emociones y me has dado un argumento convincente, pero te conozco, Cas. Y lo que ha pasado es que no querías hacer algo que te incomodara.

Caspian dio un sorbo a su café quemado, ocultando su sonrisa.

—Pero me quieres igual, ¿no?

Eli negó con la cabeza, su expresión apacible, divertida.

—Juegas muy sucio para ser libra.



LAS MADRES DE AMBOS SALIERON CORRIENDO DE CASA DE ELI EN CUANTO EL COCHE SE DETUVO justo en frente de la valla que dividía ambos jardines.

La madre de Caspian tiró de él, lo sumergió en un abrazo lleno de urgencia y felicidad, y lo arrastró hasta su casa. Lo último que vio al mirar a Eli fue a este atravesando el umbral de su puerta con su madre agarrándolo de la bufanda y tirando de él.

El resto de la tarde fue un vendaval de preguntas: sobre la carrera, sobre cuáles eran sus planes cuando acabara la universidad y la siempre temida «¿ya tienes novio?».

Agotado tras el interrogatorio, mandó un mensaje a Eli para que dejara la ventana de su cuarto abierta, se lavó los dientes, se puso unos pantalones de pijama y una camiseta enorme, y abrió la ventana. Tiritó ante el viento gélido que se coló en su habitación.

«Ostras, qué frío».

Sacó la escalera de madera que guardaba debajo de la cama desde que tenía catorce años y cubrió con ella los dos metros que separaban sus ventanas, encajándola en el alféizar exterior de Eli. En su décimo quinto cumpleaños, su madre había desistido de intentar que Caspian no se colara en la casa de al lado y, en su lugar, había optado por poner unos pasadores para asegurar la escalera.

Como había hecho miles de veces, se aventuró en la noche hacia el suave resplandor de la habitación de Eli.

Se dejó caer sobre el suelo enmoquetado sin hacer ruido y cerró la ventana. Una lamparita de noche iluminaba el dormitorio con una luz tenue. Eli siempre la dejaba encendida.

Estaba tumbado bocarriba, bajo un edredón a cuadros, los ojos cerrados.

La precaución que siempre mostraba su rostro aristocrático desaparecía en la placidez de su sueño, igual que la intensidad silenciosa que lo caracterizaba. Era un bellezón; y tenía la mandíbula un pelín irregular, rasgo que Caspian encontraba adorable.

—¿Eli? —susurró.

Eli apartó el edredón y estiró el brazo. Caspian se metió debajo de las sábanas y se acurrucó a su lado, acomodando su cuerpo más alto al de Eli, que le pasó el brazo por los hombros.

—Se te ha olvidado el antifaz —murmuró dándole un apretón en el hombro.

Caspian no tenía ni idea de cómo era posible que lo supiera.

Eli estiró el brazo y palpó la mesilla hasta encontrar un antifaz. Se puso de lado y le colocó el elástico alrededor de la cabeza sin ni siquiera abrir los ojos.

Caspian se lo puso bien y sonrió.

—¿Por qué sonríes?

Caspian dejó escapar un grito ahogado.

—¿Cómo es posible que lo sepas?

—Tu respiración cambia cuando sonríes.

—Ahora voy a ser superconsciente de ello y me va a dar vergüenza.

—Que no te la dé. Me gusta.

Un tanto escéptico, Caspian se pegó más a él.

—He echado de menos esto. Hacía tanto...

La presión alrededor de sus hombros aumentó y solo se suavizó cuando Eli se quedó dormido.



Escorpio: Estabas tremendamente sexi con la camisa que llevabas hoy.

Caspian: ¿En serio?

Escorpio: Quiero quitártela.

Caspian: Le diré a Eli que tiene mucho gusto eligiendo regalos.



Sagitario: Anoche tuve un sueño rarísimo. Tu boca jugaba un papel importante...

Caspian: Qué curioso. Yo también soñé cosas raras.

Sagitario: ¿Estaba implicada mi boca? ;-)

Caspian: No, lo siento. Eli me perseguía con un cronómetro y me preguntaba cuándo iba a abrir los ojos.

Capítulo Dos



Cuando Caspian se despertó, estaba solo en la cama. Se incorporó justo cuando Eli entraba en el dormitorio secándose el pelo empapado con una toalla. Llevaba vaqueros y una camiseta de manga larga que se amoldaba a su cuerpo fuerte y esbelto.

No era nada madrugador, así que eso significaba que Caspian había dormido más de la cuenta.

—Quédate donde estás, Cas.

Caspian se acomodó contra el cabecero.

Eli se subió a la cama e imitó su postura, estirando las piernas por encima del edredón, y lo miró con ojos serios. Tenía toda la pinta de que iban a seguir con la conversación que habían dejado a medias en la cafetería el día anterior.

—¿ACDC? —preguntó Caspian señalándole la camiseta que Eli llevaba puesta—. ¿Esa camiseta no era de tu ex?

—No, y yo no llamaría a Percy «mi ex». Nos besamos una sola vez.

—Me acuerdo. Os vi.

—Ya, eso no tenía que ocurrir.

—No pasa nada. Cada uno se siente atraído, *o no*, por quien se siente atraído.

Y, según parecía, Caspian entraba en la segunda categoría. Eli lo había dejado claro cuando tenían dieciséis años y Caspian lo había intentado besar en el baile.

Amigos. Eso es lo que eran. Caspian había cambiado el chip de inmediato y no se había vuelto a permitir pensar en Eli de ninguna otra forma.

—La atracción es un fenómeno fluido. Puede cambiar. Puede evolucionar de muchas formas, algunas de ellas inesperadas y muy frustrantes.

Caspian frunció el ceño.

Eli se aclaró la garganta y siguió hablando:

—Nos estamos desviando del tema. —Se sacó el carné de Caspian del bolsillo—. Tenemos que seguir con la conversación que dejamos a medias.

Caspian fingió no saber de qué hablaba.

—¿Qué conversación?

Eli le dedicó una miradita antes de decir:

—Mientras me duchaba he pensado en lo que dijiste y no logro comprenderlo. ¿Por qué crees que no eres lo suficientemente gay?

Caspian dejó caer la cabeza contra el cabecero y ahogó un gemido.

—Porque, a ver, sí, me gustan los chicos... —Se ruborizó—. Por la noche, cuando... es en chicos en quien pienso, eso es indiscutible. Pero cuando conozco a alguien en persona...

No podía decirlo en voz alta.

Pero tenía que hacerlo.

Era Eli.

Respiró hondo, cogió aire y lo dejó salir en un suspiro.

—Cuando conozco a alguien en persona, nada. Cero. Como si estuviera roto o algo.

El asentimiento lleno de comprensión de Eli, que no lo juzgaba en absoluto, hizo que se le hiciera un nudo en la garganta. Dios, su mejor amigo lo era todo para él.

—¿Quizá eres asexual?

Caspian se quedó callado unos instantes mientras se le formaba un nudo en el estómago.

—Cuando estoy solo siento deseo y..., sí, quiero sexo. Pero cada chico que he conocido hasta ahora... No sé, quizá es que no he encajado con ninguno, sin más.

—¿Qué pasó con tu virgo?

Caspian se rodeó las rodillas con los brazos.

—Fue lo más cerca que estuve de... Llegamos a estar juntos y desnudos en su cama.

—¿Y no quisiste ir más allá?

—No pude.

Eli se tensó.

—¿Y él respetó tu decisión?

—Sí, sí. De hecho, fui yo quien le pidió que siguiera. Se negó. Y cuando me vestí, me dio un abrazo y me dijo que no estábamos destinados a estar juntos. Que quiere una pareja a la que ponga cachondo.

—Vale, pero nunca te dijo que no eras lo suficientemente gay, no con esas palabras.

—Iba implícito. —A Caspian le dolía el pecho de solo recordar el momento. Cuando volvió a hablar, le tembló la voz—: Me pareció humillante, Eli.

—Eso no te hace menos gay, Cas. Eres todo lo gay que tú quieras ser. Nadie tiene ni voz ni voto a ese respecto, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo.

Pero de entenderlo a creérselo...

—¿Alguna vez has...? Quiero decir, más de una vez me has dicho que..., ya sabes, que has estado con chicos, pero ¿alguna vez has llegado a...?

Caspian pegó la cara, roja como un tomate, a sus rodillas.

—No. —Dios, cómo le costaba admitirlo, se le iban a salir las lágrimas—. Sigo siendo...

—Vale.

La facilidad con la que Eli lo aceptó todo hizo que las lágrimas se le escaparan. Pestañeó para deshacerse de ellas y se frotó los ojos contra las rodillas antes de levantar la cara.

—Pero no quiero seguir siéndolo, y Leo es mi última esperanza.

—Sin ánimo de ofender y menospreciar tus sentimientos, no estoy de acuerdo. Has tenido once parejas incompatibles, pero hay un mundo entero ahí fuera. No todos los libra son iguales; ni todos los virgo.

—Pero llega un momento en el que es inevitable darse cuenta de que el denominador común en todas esas relaciones fracasadas soy yo.

—¿Eso eran?

—¿Que si eran qué?

—Relaciones.

—No quiero usar Grindr, no es mi rollo. Me gusta tener citas, quiero algo real, algo duradero. Eli asintió con gesto pensativo, curioso incluso.

—¿Cuándo sueles sospechar que no encajas con la otra persona?

—A veces con el primer beso. A veces, antes. A veces son ellos quienes se dan cuenta. —Caspian se pasó una mano por el pelo—. Lo que suele pasar es que me paraliza ante la sola mención de ir a su casa o a su habitación en la residencia. Y siempre uso la misma excusa.

Eli alzó una ceja.

Caspian dejó caer la cabeza en el hombro de Eli; su pelo seguía mojado y le hizo cosquillas en la cara.

—Que estás en distinta zona horaria y que es la única oportunidad que tengo para hablar

contigo.

Eli le dio un reconfortante beso en la cabeza.

—¿Alguna otra señal de que las cosas no iban bien?

—Luego te dejo mi móvil; casi todo está ahí.

—No sé si...

—¿Por favor? ¿Me puedes ayudar a descubrir en qué me estoy equivocando?

Caspian notó el suspiro de Eli en el pelo.

—Lo que necesites. —Cambió de postura a su lado y le dio unos golpecitos en la rodilla—. Pero, ahora mismo, lo que más necesitamos es desayunar.



NATASHA, LA MADRE DE ELI, NI PESTAÑEOÓ CUANDO VIO A CASPIAN APARECER EN LA COCINA. LES dedicó un animado «buenos días» y les dijo que tenían el muesli en el frigorífico.

—Y, por cierto, Caspian —añadió mientras cogía la chaqueta del traje que tenía en una de las sillas del comedor—, existe una cosa llamada puerta.

—Sí, señora.

Natasha lo miró.

—Vas a seguir colándote por la ventana, ¿verdad?

Caspian sonrió.

—Soy un animal de costumbres.

Ella se rio entre dientes.

—Si Eli y tú os organizáis y hacéis la cena, os estaré muy agradecida. Invita a tu madre y así luego hacemos maratón de *Schitt's Creek*.

Tras decir eso, se fue, y Caspian se giró para mirar a Eli, que estaba cortando un plátano y echándolo en los cuencos de muesli tal y como le gustaba a Caspian.

—Por favor, dime que cuando acabemos la universidad volveremos a vivir aquí otra vez.

—Volveremos.

—Estupendo. Porque tu madre es la leche.

Eli levantó la cabeza y lo miró.

—Me refería a que buscaremos un apartamento por aquí. No vamos a vivir en esta casa.

—Bueno, no es una decisión que tengamos que tomar hoy mismo.

Eli negó con la cabeza y le pasó su bol de muesli.

—Desayuna rápido, que aún tienes que vestirme.

—Sí, cariño, a tus órdenes.



CASPIAN Y ELI, QUE ESTABAN SENTADOS EN UNOS TABURETES DE PLÁSTICO TRAS UN PUESTO lleno de tazas con ilustraciones del Zodíaco, velas y piedras, se acercaron más el uno al otro en busca de calor corporal.

—Quizá si me pego mucho a ti y te respiro encima la cosa mejore. Y luego tú haces lo mismo conmigo.

—Con eso solo conseguiría que se te congelara la cara aún más rápido.

Caspian gimoteó.

—Vale, iré a por otro par de chocolates calientes.

Eli lo agarró del codo y lo detuvo antes de que se levantara.

—¿Cuándo me vas a dejar tu móvil para que me inmiscuya en tu vida personal con mi legendaria objetividad?

Caspian soltó una risita y, de forma un tanto torpe, se sacó el teléfono del bolsillo. Se quitó el guante con los dientes y metió la contraseña.

—ELI1, por si necesitas desbloquearlo de nuevo.

—¿Soy tu contraseña?

—Para todo.

—Cas...

—¡Muchísimas gracias, chicos! —dijo la señora Wallace apareciendo frente a ellos.

Veinte segundos después ambos se vieron sumergidos en un abrazo con un agradable olor a perfume. La señora Wallace siguió hablando:

—Esta mañana tuve que ir al aeropuerto a recoger a mis leos. Los pobres tienen mal de amores, sus parejas les han dejado y ahora están juntos; ¡la novia de Theo y el novio de Leone, juntos! Sabía que sus corazones se verían afectados por la intensidad de Mercurio en Escorpio.

—Suspiró. La señora Wallace siempre comentaba las cosas así, era como una botella de champán recién abierta, la información salía de ella a borbotones, y Caspian (y Eli y todo aquel que la conociera un poco) no podía evitar sonreír al escucharla—. Pero, a pesar de esta serie de infortunios, esta tarde me van a ayudar con el puesto, así que, en cuanto los veáis aparecer, consideraos libres. Pero, si pudierais pasaros mañana y hacer el primer turno...

—Contábamos con ello, señora Wallace —le confirmó Eli.

—Bien, estupendo. Ah, por cierto, Cas, mi precioso libra, esta semana te esperan sorpresas en el aspecto romántico; puede que conozcas a tu pareja, a la definitiva, y puede que empecéis una relación muy íntima y muy intensa. Tu vida podría cambiar de forma radical, pero tendrás que aprovechar las oportunidades que se te presenten y descubrirlo.

Cas cambió de postura y se puso cara a cara con ella; tenía toda su atención.

—Pero ya es sábado y lo único que he conseguido hasta ahora es que alguien rompa conmigo.

La señora Wallace le dio unas palmaditas en el brazo.

—La semana no ha terminado aún. Ay, mirad, ahí están Theo y Leone.

«La semana no ha terminado aún».

«La pareja definitiva».

«Una relación muy íntima y muy intensa».

Todo lo que Caspian había sido incapaz de encontrar.

«¿Cómo que tendré que aprovechar las oportunidades que se me presenten? ¿Es que acaso hay alguna opción de que lo deje pasar?».

Ni de broma.

Se pasó toda la tarde pensando en ello: mientras paseaban entre los puestos del festival, mientras se dirigían a casa, mientras iban en coche al súper para comprar los ingredientes para la cena. Eli lo sacó de su ensoñación hasta en dos ocasiones.

—¿Fresa o frambuesa?

Rectificación: en tres ocasiones.

—¿Dónde tienes la cabeza, Cas?

—Perdona. Albaricoque.

Eli dejó un tarro de mermelada en el carrito de la compra.

Caspian se recostó contra el manillar.

—Creo que lo que ha querido decir es que tengo que hacer algo al respecto.

—¿Hmm?

—No me puedo quedar esperando a que el amor venga a mí. Tengo que ir a buscarlo yo.

A Eli se le resbaló el tarro de Nutella de las manos, pero logró cogerlo a la altura de la entrepierna.

Caspian se quedó mirando los ajustadísimos vaqueros que llevaba y le guiñó el ojo.

—Vaya lío si se te llega a caer al suelo, ¿eh?

—Ya es un lío sin necesidad de tener Nutella esparcida por todas partes. ¿A qué te refieres con lo de ir a buscarlo tú?

—Necesito encontrar un leo. A ser posible, antes de mañana. —Caspian frunció el ceño—. Un momento, ¿crees que es el destino que a Theo le haya dejado su novia?

Eli abrió mucho los ojos.

—Espero que no estés pensando en lo que creo que estás pensando.

—¿Por qué no? Es leo.

—También es el hijo de la señora Wallace. Y creo que es hetero.

—A lo mejor es bi. O pan, como tú.

—Ya, pues no me gusta la idea de que lo descubra *contigo*.

Caspian ladeó la cabeza.

—¿Por qué no?

—Porque... Ya te lo he dicho, por su madre. Sería incómodo. Y te convertirías en esa persona con la que uno está por despecho tras una ruptura; y no quiero que seas esa persona. Nunca.

No, Caspian tampoco quería. Quería algo de verdad.

—Tienes razón.

Eli dejó la Nutella en el carro de la compra y frunció el ceño.

—Entiendo por qué crees tanto en el horóscopo, pero...

Caspian tragó saliva. El horóscopo había predicho cada hecho importante en su vida, incluido lo de su padre.

—Lo perdimos tal y como fue vaticinado.

—Fue una combinación malaventurada de palabras aleatorias.

Caspian lo sabía; en el fondo, lo sabía.

—Pero ¿y si no es así? No puedo dejar pasar la posibilidad de encontrar verdadera intimidad con alguien.



A CASPIAN SE LE ESTABA CLAVANDO EL PLÁSTICO DE LAS BOLSAS EN LAS PALMAS DE LAS MANOS y tenía los dedos rojos.

—Creo que ya está todo, vamos, venga.

Eli cerró el maletero con el ceño fruncido, tal y como llevaba haciendo desde que estaban en el supermercado.

—Me podrías dejar llevar alguna.

—No, tú has pagado, yo puedo con todo.

No podía más, se le iban a caer los brazos.

Eli pareció salir del bajón en el que estaba inmerso y se dirigió hacia el camino de entrada mientras miraba las diez bolsas que cargaba Caspian.

—También podrías llevarlas en dos viajes.

—Me han educado para ser irresistible y cabezota, no inteligente.

Eli, el muy capullo, se detuvo a comprobar el correo.

—¡Cariño!

Eli se rio, sacó un sobre del buzón, se apresuró hacia la puerta principal e hizo tintinear las llaves. Ya casi estaba, Caspian casi lo había conseguido. Pero entonces vio el sobre que asomaba bajo el brazo de Eli, reconoció el emblema y dejó caer todas las bolsas en el suelo del porche.

—¿Tienes una carta de Harrison University?

Eli apartó el sobre del alcance de Caspian.

—Sí.

—Pero no es tu universidad. Es la mía.

—Tienes suerte de ser irresistible.

—¿Qué está pasando?

¿Y por qué de repente a Caspian se le iba a salir el corazón por la boca?

Eli cogió la mitad de las bolsas y las metió en casa.

Caspian se hizo con el resto y entró a toda prisa detrás de él, deteniéndose solo para quitarse los zapatos en la entrada.

—¡Eli!

Eli dejó la compra en la isla de la cocina y Caspian lo imitó. Unos ojos azules y nerviosos se encontraron con los suyos.

—He estado planteándome pedir el traslado y hacer el posgrado allí.

—¿¿Que qué?! —Caspian se subió a la isla, sobre la compra, y agarró a Eli por las solapas del abrigo—. ¿Vas a venir a Harrison?

—Ten cuidado, en una de esas bolsas hay huevos.

Caspian puso una pierna a cada lado de Eli y lo acercó más a él. Estaba sin aliento.

—¿Vas a venir a Harrison?

Eli desistió de su preocupación por la integridad de la compra.

—Quiero hacerlo. Pero tienen que aceptar el cambio de expediente.

Caspian lo estudió con detenimiento; desde su pelo, de un castaño intenso, hasta sus calcetines con estampado de alces.

—¿Por qué no me lo habías contado?

—No quería que te hicieras ilusiones para que luego no me admitieran.

—Ay, madre. Ábrelo. ¡Ábrelo!

Eli miró durante unos instantes el sobre y luego se lo pasó.

—Ábrelo tú.

Caspian estaba tan nervioso que tenía la boca seca y hasta le temblaban las manos; rasgó el sobre, sacó la carta del interior y...

El corazón le dio un vuelco y cayó en picado hasta los pies.

—«Lamentamos comunicarle que no podemos admitir su solicitud...».

—Vaya.

Eli dio un paso atrás, separándose de Caspian, y se llevó una mano a la nuca.

—Chorradas —declaró Caspian fulminando la carta con la mirada—. Eres la persona más inteligente, trabajadora, diligente, motivada, tenaz, amable, empática e increíble que conozco. Harrison se equivoca. No saben lo que se pierden.

—Es una universidad de élite, Cas. Sabía que era muy posible que me rechazaran.

—Pero es que tú eres un estudiante de élite. No hay nadie mejor que tú y...

—No pasa nada. Solo nos quedan unos años para terminar. Luego volveremos a vivir aquí.

El peso de la decepción se filtró a través del papel, pero lo hizo acompañado de algo más, algo dulce, esperanzador. Algo que le llegó muy dentro.

—Esto significa... —Caspian habló muy bajo y se le entrecortó la voz—. Esto significa que a ti también se te hace duro. Lo nuestro..., lo de que estemos separados.

Un paso, dos, y Eli se detuvo a escasos centímetros de él.

—Es devastador. —Llevó una mano a la barbilla de Caspian y le levantó la cara para que sus ojos se encontraran con la seriedad que contenía su mirada—. ¿Estás bien?

Caspian se vio inundado por una ola de ternura y sonrió de forma un tanto temblorosa. Dejó caer la carta al suelo y sumió a Eli en un abrazo.

—Sí.



Capricornio: No tengo tiempo ni de dormir.

Caspian: Mi mejor amigo es igual. Durante los exámenes finales en el último año de instituto tenía que «placar» para lograr meterlo en la cama.

Capricornio: ¿Es una oferta? ;-)

Caspian: Buena suerte en el examen de mañana.



Caspian: Bueno, ¿y qué piensas de los extraterrestres?

Acuario: Vaya topicazo. Como soy acuario, ¿no?

Caspian: Eli cree (y tiene toda la lógica del mundo) que, como el espacio es tan enorme, tienen que existir.

Acuario: Y tiene razón. Al cien por cien. Y quien no lo crea es porque aún no ha sumado dos más dos.

Caspian: Creo que Eli y tú os llevaríais muy bien.

Acuario: Hmm, no. Yo no lo creo.

Capítulo Tres



Caspian colocó el último plato que había secado, colgó el paño de cocina y le quitó a Eli los guantes de fregar.

—¿Qué están haciendo nuestras madres? —preguntó Eli mientras miraba por encima del hombro de Caspian hacia los sofás del salón.

Las cabezas de ambas estaban inclinadas y miraban sus móviles muy de cerca mientras susurraban y se reían.

—Son como uña y carne —dijo Caspian con una sonrisa—. Habrán entrado en Tinder otra vez y estarán buscando marido.

—Lo dudo. Mi madre dice que al único hombre aparte de mí al que va a permitir dormir bajo su techo eres tú.

—Me muero de curiosidad. —Caspian cogió la mano de Eli, enlazó sus dedos corazón y tiró de él hacia el sofá—. Parece que te han informado mal, cariño —le dijo apretándole la mano y

fingiendo susurrar—. Están echando un vistazo a posibles citas. Un momento, ¿«Encuentra tu roMMance»? Mamá, esa página es para tíos que quieren salir con otros tíos.

Sus madres se miraron y pusieron los ojos en blanco.

—Estamos buscando el marido perfecto para ti —dijo Natasha—. Ya he rechazado dos candidatos con mi derecho a veto.

La madre de Caspian siguió deslizando la pantalla.

—Pero yo creo que va a aceptar la tercera opción.

Eli hizo una mueca.

—¿Y qué pasa, que a mí ya me habéis casado?

—Tú acabas de dejarlo con Astrid —le dijo la madre de Caspian dándole unas palmaditas en la mano—. Te vamos a dar un tiempcito para que la llores.

—No voy a llorarla —contestó Eli—. Era una ruptura más que necesaria.

Natasha no pareció demasiado sorprendida; la madre de Caspian, sí, pero dijo:

—Vale, en ese caso, luego te emparejaremos a ti.

Caspian las miró y negó con la cabeza, divertido con sus excentricidades. Se inclinó sobre el respaldo del sofá y llevó un dedo a la pantalla.

—Pues ya que estáis, ¿podrías filtrar por signo del Zodíaco? Solo Leo.

—¿Leo? —Natasha lo miró con curiosidad, luego miró a su hijo un instante y, de nuevo a Caspian—. ¿Qué les pasa a los demás signos?

—Según parece, somos incompatibles con él —contestó Eli con sequedad.

Caspian le tiró del dedo y se rio.

—Incompatibles en la *intimidad*.

Natasha miró a Eli.

—¿Sabe lo que significa «intimidad»? —le preguntó a su hijo.

Caspian se rio de nuevo.

—Quiero decir... en la cama, ya sabes.

—Ah, ¿entonces no habéis compartido cama cada noche desde que teníais catorce años?

Caspian se contuvo y esa vez no se rio.

—Me vas a obligar a decirlo delante de mi madre, ¿no? Estoy hablando de chispa sexual.

La madre de Caspian dejó el móvil.

—Vale, lo deajo.

Natasha fijó la mirada en él; había seriedad tras esa fachada divertida.

—¿Y el sexo lo es todo?

—Llegados a este punto —dijo Eli clavando los ojos en su madre antes de mirar a Caspian—, voy a sugerir que nos vayamos a patinar sobre hielo.

Caspian asintió. Le vendría fenomenal un poco de aire frío en las mejillas, que, de repente, le ardían.

—Voy a por mis patines, quedamos en la puerta.

Eli subió las escaleras, que crujieron bajo su peso. Caspian puso una mano en el sofá y buscó la mirada de Natasha.

—No lo es todo, pero cualquier marido en potencia debería corresponder mis sentimientos.

Le dio un beso a su madre en la mejilla y se fue a su casa a por sus patines.

Veinte minutos después, Eli y él llegaban al lago helado.

Los patinadores se movían entre luces de colores y risas; el aroma especiado del vino caliente flotaba en el aire.

Se sentaron en un banco y respiraron el delicioso olor mientras se ponían los patines; Caspian saboreó el toque de canela que impregnaba la brisa helada.

—¿Qué crees que es mejor, soñar despierto o soñar dormido?

Eli se lo pensó unos instantes.

—Soñar mientras duermes es interesante, porque por la noche es tu subconsciente quien está a cargo. Pero, cuando sueñas despierto, hay menos posibilidad de tener pesadillas.

—Cierto. Pero las sensaciones son menos intensas durante el día.

—Aunque más fáciles de recordar.

Caspian tiró de sus cordones y miró de soslayo como Eli se ataba los suyos con esmero.

—¿Qué fue lo último que soñaste despierto? Y me refiero a ensoñación total, con la mirada perdida y todo.

Eli pareció concentrarse en exceso en atarse su otro patín.

—Que vivía contigo.

—Ojalá lo del traslado a Harrison hubiera funcionado. Lo último que yo soñé despierto fue que traía a un novio a este festival, que... te lo presentaba.

Eli se puso de pie, comprobó sus patines y, girando en un arco perfecto, se puso delante de Caspian.

—¿A qué viene toda esta charla sobre los sueños?

—A que en los últimos tiempos tengo muchísimos.

—¿Sobre qué?

—En uno de ellos salía un bichejo peludo y enorme; una especie de araña, pero supercariñoso y suave. Estábamos aterrorizados pensando que se volvería en nuestra contra y se bebería toda nuestra sangre, así que intentamos matarlo. Pero el pobre tenía sentimientos y, aunque se escapó, se fue muy triste. Había perdido a todos sus amigos, era como si nadie lo quisiera; y yo me levanté deprimido porque quería hacerlo sentir mejor, cuidarlo, amarlo. Pero es que las arañas me dan un miedo atroz, me dejan petrificado, ¿sabes? Aún me siento culpable.

—Ay, Cas. —Eli tiró de él y lo levantó del banco—. Yo... Tú... —Clavó su mirada tranquila y brillante en Caspian—. Yo también he estado teniendo sueños muy vívidos. Ayer por la noche...

Eli empezó a alejarse patinando y Caspian se apresuró tras él.

—Ayer por la noche, ¿qué?

—Estábamos en la cafetería.

—¿Quiénes?

—Nosotros.

—¿Nosotros? ¿Tú y yo? ¿Yo salía en tu sueño?

—«Tú y yo» suele encajar en la definición de nosotros, sí.

—Podría haber sido un «nosotros, la raza humana».

Eli le dedicó una mirada llena de sarcasmo.

—Sí. Nosotros, la raza humana, estábamos en la cafetería.

Caspian soltó una risilla.

—Vale. Nosotros, tú y yo, en la cafetería. ¿Qué llevabas puesto?

—¿Eso importa?

—Muchísimo. Necesito todos los detalles.

—¿No te vale con los más relevantes?

—Madre mía, te has puesto nervioso. —Eli se detuvo y Caspian se puso delante de él—. ¿Estabas desnudo?

Eli se bajó el gorro de lana que llevaba puesto y alzó la barbilla con toda la dignidad del mundo.

—No sé, pero lo que sí sé es que tenía toda tu atención.

—Eso no es ninguna novedad, siempre tienes toda mi atención. ¿Qué pasaba en el sueño?

—Nada escandaloso. Comíamos, charlábamos y era... agradable. Me he levantado pensando que quería hacer algo así. —Los ojos de Eli se encontraron con los suyos—. ¿Qué te parece?

—¿Que qué me parece comer en la cafetería contigo y charlar?

—Sí.

—Que mientras no se nos una ninguna araña, por muy simpática que sea, es un sueño que podría hacerse realidad.

Los labios de Eli dibujaron una sonrisa enorme y se le marcaron los hoyuelos.

Dios santo.

—¿Algún otro sueño con el que te pueda ayudar?

Eli se alejó patinando y Caspian salió disparado tras él. Volaron por el hielo, haciendo apuestas sobre quién lograría dar la vuelta al lago antes, quién lo haría mejor. Hasta que empezó a nevar y, poco a poco, la gente abandonó el lago.

Caspian y Eli se pusieron las botas y se colgaron los patines a los hombros. Deambularon por las tranquilas calles del barrio con tazas de vino caliente en sus manos enguantadas mientras admiraban la decoración festiva y se deleitaban con los suaves copos de nieve que caían del cielo.

Eli no paraba de mirarlo y contener el aliento, como si quisiera decir algo.

—¿Sí? —le preguntó Caspian en la siguiente mirada, buscando sus ojos.

Eli se escondió tras su taza de vino.

—Esto está delicioso —dijo.

—A mí no me engañas.

—¿Qué quieres decir?

—¿«Esto está delicioso»? ¿En serio?

—Lo está.

Caspian entrecerró los ojos.

—Pero no era eso lo que me ibas a decir.

Eli se detuvo y se puso frente a él. La luz ámbar de una farola le iluminaba un lado de la cara con un halo de calidez, su mirada era sincera.

—Es sobre tus mensajes. He notado un denominador común en todos ellos.

Caspian se quedó mirando la superficie oscura de su vino.

—Creo que yo también he descubierto de qué se trata.

—¿Sí?

Caspian notó una ola de calor trepándole por la garganta.

—Sí. Que siempre les hablo de ti, ¿no?

Eli asintió con la cabeza, sonrojándose.

—Me parece adorable.

—A mis anteriores parejas no se lo parece.

—A las anteriores puede que no.

Eli buscó su mirada y Caspian agachó la cabeza.

Cuando habló, le salió la voz ronca.

—Me aseguraré de no hacer lo mismo con Leo.

Caspian se dio media vuelta y se abrió paso a través del frío en dirección a casa. Eli hizo el camino un paso por detrás de él, callado. Caspian esperaba que esto no llevara a una repetición de la desoladora conversación que habían tenido en el baile del instituto. Aquella vez le quedó claro, sabía lo que había.

Se detuvo en la puerta de su jardín y miró a Eli.

—Hum, voy a dejar los patines.

—Dejaré la ventana abierta.

Caspian sintió un alivio enorme.

—Gracias, Eli.



SU MADRE LO PILLÓ MOVIÉNDOSE A HURTADILLAS POR LA CASA.

—No hace falta que seas tan silencioso.

—No sabía si estabas dormida y no quería despertarte.

Ella negó con la cabeza.

—Pero ¿cuántos años crees que tengo? Acabo de volver de casa de Natasha.

Le hizo un gesto para que entrara en la cocina a tomar un chocolate caliente juntos y hablar un rato. Caspian escribió a Eli para decirle que tardaría un ratito.

Eli: Vale. ¿Unos veinte minutos?

Caspian: Yo creo que más tirando a cuarenta. Tiene cara de querer sermonearme.

Eli: Suerte.

Caspian: Cuando acabe aquí, me pongo el pijama y voy.

Eli: Lo de ponerte un pijama es nuevo.

Caspian: ¿Te acuerdas de que antes tenía abdominales?

Eli: Con total claridad.

Caspian: Ya, pues como les pasa a todos los alumnos de primero de carrera cuando viven solos: he engordado.

Eli: Estás en cuarto.

Caspian: Soy de efectos retardados.

—Uno pensaría que, llevando todo el día juntos, habríais tenido suficiente tiempo para contároslo todo —le dijo su madre.

Caspian se guardó el móvil.

—Nunca es suficiente.

Su madre se pasó la mano por su pelo corto y oscuro.

—¿Sabes? Natasha ha estado de acuerdo en el tercer chico que he sugerido como posible marido.

Caspian soltó una risotada.

—No sabes cómo me alegro de que no estés a cargo de mi vida amorosa. Pero, hum, ¿es leo?

Su madre le dio un sorbo a su chocolate caliente, dejó la taza y negó con la cabeza.

—Entonces, ¿qué signo es?

—El horóscopo no hace a la persona, cielo, y...

La frase se vio interrumpida por el sonido de su móvil. Cinco minutos después, su madre

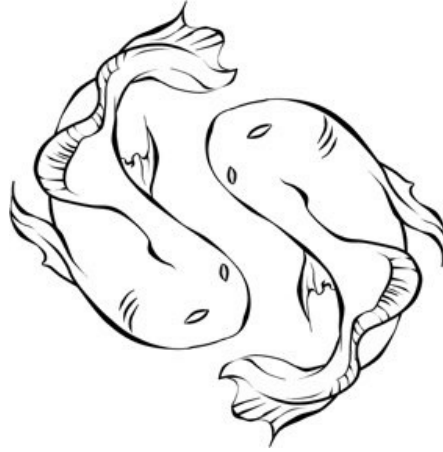
salía a toda prisa por la puerta y dejaba a Caspian fregando las tazas.

Así era la vida de un médico de guardia.

Caspian se duchó, se puso un pijama de franela y se detuvo en la ventana antes de abrirla. A través de un hueco en las cortinas corridas de Eli, pudo verlo de pie en su cuarto, a los pies de la cama, bañado por la suave luz de la lámpara. Con una gracilidad y naturalidad tremendas, se quitó la camiseta por la cabeza y la dejó caer; llevó los dedos a sus vaqueros y se los empezó a bajar, deslizándolos poco a poco sobre su culo firme. Se sentó en la cama, de cara a la ventana, y se los quitó del todo.

A Caspian se le entrecortó la respiración al mirar la solidez de su pecho, brazos y hombros. Era delgado pero fuerte; tenía una postura recta, cada uno de sus movimientos era preciso, certero. Como todo él.

Un remolino de emociones se le revolvió en la tripa. Apartó la vista, abrió la ventana y se adentró en la noche helada, dejando que el frío lo envolviera.



Piscis: No hay nada real entre nosotros.

Caspian: ¿Quizá con el tiempo?

Piscis: Lo siento, amor, pero creo que tienes el corazón en otro sitio.



Aries: ¿Qué pasó anoche?

Caspian: Nada, que estaba cansado.

Capítulo Cuatro



Bajo la calidez de la luz de la mañana, Caspian le limpiaba la sangre del pómulo a Eli. Estaban sentados en un par de taburetes tras el puesto aún cerrado de la señora Wallace y la expresión meditabunda de Eli no había perecido ni un instante.

Caspian negó con la cabeza y suspiró.

—No puedo creer que te hayas caído encima del gato del señor García.

—Ha aparecido de la nada delante de mí. Se supone que es un gato de interior, no me lo esperaba. Si hubiera maullado unos segundos antes...

—Y vaya maullido.

—Tiene buenos pulmones, desde luego.

Caspian se metió el clínex ensangrentado en el bolsillo y sonrió.

—Tú también.

—Me ha pillado por sorpresa. De hecho, estoy convencido de que si te hubiera pasado a ti

hubieras soltado unas cuantas lindezas por esa boca tuya.

—Intenté avisarte de que estaba ahí —dijo Caspian, que seguía perplejo y divertido a partes iguales—. Pero como estabas tan concentrado en mirarme con el ceño fruncido...

—No te miraba a ti; miraba tu cartel.

Caspian dio unos golpecitos en el fino cartón del cartel que descansaba contra su taburete.

—Estoy tomando la iniciativa. Voy a convertirme en el dueño de mi vida y mi futuro.

—Estás invitando a todos los Leo solteros a que se detengan a hablar contigo.

—¿Crees que vendrá alguno?

Eli levantó la vista que tenía fija en el cartel hecho a mano.

—Sí.

—¿Y crees que alguno querrá algo más?

—¿Quién no querría algo más?

Caspian se sonrojó bajo la bufanda que llevaba al cuello.

—Eres espontáneo, lleno de entusiasmo y divertido. Eres amable, gracioso e inteligente. Optimista a más no poder y tu idealismo es envidiable.

Caspian canalizó la vergüenza y la calidez que sintió al escucharlo en coger su cartel y colocarlo en la parte delantera del puesto.

Eli siguió hablando, su voz ronca:

—Por no mencionar que eres magnífico: alto, fuerte y guapísimo.

A Caspian se le cayó el cartel y se agachó a cogerlo. A pesar de los cumplidos que de forma habitual ambos se dedicaban, podía contar con los dedos de una mano las veces que Eli se había referido a él como «magnífico» y «guapísimo».

Una vez. Había usado esos términos una sola vez. En esos momentos.

El estómago le dio un saltito. Eli tenía la mirada perdida y el ceño fruncido. Se levantó del taburete de golpe y dijo:

—Voy a comprar un chocolate caliente, ¿quieres uno?

Caspian asintió y lo observó alejarse; hizo todo el camino con la cabeza gacha y las manos enterradas en los bolsillos del abrigo.

Las ventas empezaron tranquilas, pero alrededor de las diez la cosa se animó. Y, tras su segundo chocolate caliente —al que invitó Caspian—, un adolescente, tendría unos dieciocho años, de cejas pobladas y bastante atractivo se acercó a ellos señalando el cartel.

—Soy leo, gay y soltero, ¿quién me busca?

Caspian parpadeó. A su lado, Eli cambió de postura, tenso.

—Eh, yo —dijo Caspian—. Yo soy el que ha hecho el cartel.

El chico miró a Caspian, incrédulo.

—Ni de coña. ¿Tú eres gay?

—¿Por qué no iba a serlo?

—O sea, quiero decir... que pareces el típico deportista, uno de esos que te meten en cubos

de basura. Me pasó una vez.

—Lo siento, tío. Pero sí, soy gay.

—Ni de coña.

—¿Necesitas que te enseñe mi carné de gay? Porque tengo uno. —Caspian tendió una mano hacia Eli—. ¿Dónde está?

Eli puso los ojos en blanco.

—Es un carné de biblioteca.

—Pero tiene un dibujo de un arcoíris precioso. Dámelo.

—No lo tengo encima.

—Estupendo. ¿Y ahora cómo le voy a probar a este chico que soy gay de verdad?

El chico en cuestión miraba a Caspian y Eli como si fuera un partido de pimpón.

—¿De verdad necesitas probárselo? —susurró Eli mientras acercaba la cara a la suya.

Caspian también se inclinó hacia él, el vaho de sus respiraciones mezclándose en un solo aliento.

—Cariño, mi orgullo está en juego.

Eli arqueó las cejas y eso hizo que el rasguño en su pómulos se le marcara más.

—¿El juego de palabras ha sido intencionado?

—Por supuesto.

Los ojos de Eli brillaron y sus labios se elevaron en una sonrisa. Una de sus manos aterrizó en el hombro de Caspian y deslizó los dedos hacia atrás, acariciándole la nuca y haciendo que la piel de todo el cuerpo se le pusiera de gallina.

Caspian alzó la vista y se encontró con los ojos de Eli un instante antes de que los labios suaves de este rozaran los suyos. El roce de su boca, ligero y tentativo, le hizo estremecer. Jadeó.

—¿Quieres que te ayude? —le preguntó Eli en un susurro que le acarició el labio superior.

Caspian tragó saliva con dificultad y asintió, y Eli alargó ese beso que no era un beso, sino una caricia sobre sus labios entreabiertos.

Caspian le agarró la cara y unió sus bocas de verdad, probando el sabor del chocolate y necesitando más de inmediato. Eli se fundió en el beso sin dudar y uno de ellos gimió cuando sus lenguas se enredaron de forma sensual y sugerente.

Eli lo besó despacio y todo pensamiento racional abandonó la mente de Caspian excepto la seguridad de que esto era como tenía que ser; natural, fácil.

Una especie de gruñido retumbó en la garganta de Caspian y Eli se apartó de él, sonrojado y con las pupilas dilatadas. Se irguió, tiró de las solapas de su abrigo y se giró hacia su audiencia.

Porque, por supuesto, esto era un espectáculo.

Caspian trago saliva y se giró para mirar a su público y... se sorprendió al ver que el adolescente ya no estaba allí.

En su lugar, había un chico muy guapo con el que Caspian había ido a clase de arte en el instituto.

—Flynn.

Flynn se frotó su barba de varios días y esbozó una sonrisilla traviesa.

—El otro chico se ha largado, pero yo no he podido evitar quedarme mirando. —Los observó a ambos—. ¿Estáis... juntos?

Eli cambió de postura. ¿Estaría incómodo con la situación?

Caspian se pasó una mano por el hombro donde seguía notando la caricia de su toque.

—No —contestó con firmeza—. Estábamos intentando demostrar una cosa. ¿Qué tal te va?

Flynn les hizo un breve resumen de cómo le había ido la vida desde que habían terminado el instituto.

—... Y ahora tengo una tienda de flores que se llama Flora Point. Ah, y soy leo, ultragay y soltero. —Le guiñó el ojo.

Entre la lujuria que emanaba de Flynn y las muecas que hacía Eli ante cada mención al horóscopo, Caspian tenía los nervios a flor de piel. Se le escapó una risa nerviosa.

Flynn hizo un gesto hacia la gente que patinaba en el lago.

—¿Quieres que quedemos esta noche para patinar? —Hizo un gesto con la mano hacia la bonita calle comercial del barrio—. Vivo encima de la floristería. Después podríamos ir a cenar, ponernos al día.

A Caspian no le pasó desapercibida la mirada apreciativa de Flynn. Se le hizo un nudo en el estómago. ¿Había llegado el momento? ¿Era esta la intensa intimidad que Libra estaba destinado a encontrar esta semana?

¿Por fin iba a encontrar la chispa que había estado buscando? Una chispa que pudiera encender...

Pero ¿y si no funcionaba?

Se le revolvió el estómago.

Eli permanecía impasible con la mirada fija en las escamas dibujadas en una vela con el signo de Libra.

—¿Qué te parece? —le preguntó Flynn—. ¿Te paso a recoger?

Caspian asintió mientras se frotaba las palmas de las manos contra el abrigo.

—Venga, tengamos una cita.



—HMM. —ELI SE LLEVÓ LAS MANOS A LAS CADERAS Y LO ESTUDIÓ CON INTENSIDAD—. HACÍA mucho tiempo.

—¿Un par de años?

—Doce meses. Cuando conociste a Jackson y me dijiste que escogiera una camisa que te combinara con los ojos. Al parecer, en esa ocasión también fue necesario que te pavonearas desnudo delante de mí.

Caspian tiró de la toalla que tenía al cuello, un poco aturdido por la forma en la que Eli lo observaba. Estaba de pie sobre la alfombra de su dormitorio; gotas de agua de la ducha que se acababa de dar le caían por el torso, abdomen y muslos. La polla, ligeramente hinchada, caía pesada desde su cuidado vello púbico. Ya no tenía abdominales, pero su vientre seguía siendo más o menos plano. No estaba mal, ¿no?... Encogió los dedos de los pies sobre la alfombra y le dijo:

—Confío en ti. Nunca me ridiculizarías, pero sé que siempre eres honesto conmigo. Dime la verdad: ¿estoy presentable?

Los ojos azules de Eli se hicieron más oscuros, más profundos.

—Si lo que pretendes es acudir a tu cita así, sin ropa —Eli caminaba en el otro extremo de la alfombra, sus extremidades flexionándose en sus ajustados vaqueros y en su camiseta de manga larga— no, no estás presentable.

—Ya sabes a lo que me refiero. Si hago... Si al final... ¿Soy atractivo? ¿Aunque ya no tenga abdominales?

Eli apartó la mirada.

—En caso de que no lo fueras no podrías hacer nada al respecto en el tiempo que queda hasta la hora de la cena, ¿no? Así que...

—¿Eso significa que sí o...?

Eli parecía negarse a hacer contacto visual con él.

—Le estás dando demasiada importancia al físico. ¿Esta noche no es para conocerlo un poco más? ¿Con la ropa puesta?

—Quiero estar abierto a todas las posibilidades.

Eli se detuvo. Apretó la mandíbula.

—Me incomoda hacer esto para que luego salgas con otro chico.

—Oh.

Caspian se quitó la toalla del cuello y se cubrió la entrepierna con ella. El rubor le trepó por las mejillas y algo se le contrajo en el pecho. No era vergüenza. Era algo peor que eso. Era desilusión. Siempre eran sinceros el uno con el otro, siempre, a pesar de todo.

¿No?

—Ya, lo siento.

Eli se acercó a él, por fin encontrando su mirada. Parecía dolido, triste.

—No me malinterpretes. —Se frotó las sienes—. Llevo todo el día raro, perdona.

Caspian tragó saliva.

—No será por la caída, ¿no?

—No, no es por la caída.

—El beso.

—Sí.

—No ha significado nada.

—¿No?

¿Había percibido alivio en la voz de Eli? ¿Era eso? Por primera vez, Caspian no estaba seguro de qué pensar. O no se atrevía a pensarlo mucho. Tenía un nudo en el estómago que no paraba de retorcerse.

Sonó un teléfono y su sonido sobresaltó a ambos. Era el de Eli.

Caspian cogió un bóxer y se lo puso a toda prisa. Después los vaqueros.

Eli dejó que el móvil sonara un rato antes de suspirar y contestar.

—Astrid, hola... Sí, estoy en casa. —Miró de soslayo a Caspian—. *Nop*, no tengo planes... Claro, ahora te veo. —Eli colgó—. Astrid viene de camino. Me tiene que devolver unas cosas.

Caspian hizo una pausa, camiseta en mano.

—¿Quieres que me quede? ¿Para darte apoyo moral?

—Creo que eso solo complicaría más las cosas.

—¿Seguro?

—Sí.

Ya.

Caspian se puso la camiseta y tiró del dobladillo, estirándolo sobre las caderas. Eli lo observó con un algo en los ojos. ¿Melancolía? Ojalá.

—Estás guapo —le dijo.

A Caspian se le secó la garganta.

—No tienes que decirlo para hacerme sentir mejor.

—¿Cuándo he dicho yo algo de lo que no esté convencido cien por cien?

—Eso es cierto —confirmó Caspian tras una risilla entre dientes.

—Mejor me voy ya. Astrid me ha dicho que estaba cerca.

Eli hizo un gesto con el pulgar, señalando por encima de su hombro y dio media vuelta con brusquedad.

—¿Te veo luego?

Eli se agachó para salir por la ventana y se subió a la escalera. Sin mirar atrás, respondió:

—Te veo luego.



—YA ESTAMOS AQUÍ —DIJO CASPIAN, SORPRENDIDO AL DESCUBRIR QUE YA HABÍAN LLEGADO AL lago.

—Bueno, yo estoy aquí —contestó Flynn.

Llevaba un abrigo negro abrochado hasta la barbilla y una bufanda en tonos marrones y dorados alrededor del cuello que parecía la melena de un león. Era un leo orgulloso, atractivo y no lo suficientemente modesto como para no ser consciente de ello.

—¿Qué significa eso?

Flynn sonrió con amabilidad.

—Has contestado con «hum» y «ah» a cada cosa que te he dicho de camino hasta aquí, pero no sé si te has enterado de lo que te he contado.

—Algo de que los monos se comportan raro por la noche.

Flynn suspiró.

—Cuando hemos pasado por el bosque te he dicho que una noche que pasé por allí vi a un hombre muy mono hablando con las ardillas de los árboles. Fue la leche de raro.

—Ah.

—Tienes la cabeza en otro sitio.

Era verdad. Había tenido la cabeza en otro sitio desde que había hablado antes con Eli. Desde que se habían besado. Desde que se habían conocido.

—Escucha, Flynn, la cosa es que...

Flynn gimoteó y echó la cabeza hacia atrás, alzando la vista al cielo oscuro y estrellado.

—¿Qué? —preguntó Caspian.

—Nada bueno puede salir de un «escucha» seguido del nombre de la persona que tiene que escuchar. Nada. Nunca.

—Eso no es cierto. ¿Y si lo que te iba a decir era: «Escucha, Flynn, llevo toda la vida esperando conocer a alguien como tú»?

—¿Era eso lo que me ibas a decir?

—No.

Flynn le hizo un gesto con la mano para que siguiera hablando.

Caspian hizo una mueca y se bajó el gorro de lana hasta taparse las orejas.

—La cosa es que cada vez que tengo una cita o salgo con alguien, no paro de hablar de Eli. No lo hago de forma consciente, pero él siempre está ahí, colándose en cada posible respuesta que me viene a la cabeza. Mencionas unas ardillas y me acuerdo de aquella vez que Eli se acojonó porque una trepó por la pared de su casa y se le metió por la ventana. Me dices que tengo la cabeza en otro sitio y pienso que estoy soñando despierto, lo que me lleva a Eli, a mí y a toda la raza humana tomando algo en la cafetería.

Flynn parecía anonadado.

Caspian continuó hablando:

—No es que piense en él de forma deliberada. Lo hago, sin más. Y eso ha impedido que me implique en cualquier otra relación.

—Entiendo —dijo Flynn, despacio—. ¿Y me estás diciendo esto porque quieres ser sincero conmigo y poner las cartas sobre la mesa desde el principio? ¿Porque quieres que eso cambie?

¿Podría cambiar?

No estaba seguro. Quizá si se lo curraba mucho...

Pero, aunque pudiera, ¿quería cambiar?

Ni por todo el sexo del mundo.

La epifanía le llegó de golpe y una sensación trémula y cálida se le extendió por todo el cuerpo. Negó con la cabeza.

—No quiero que cambie —dijo en voz alta riéndose ante la simplicidad de lo que acababa de descubrir.

Flynn se encogió de hombros.

—¿Damos entonces esta cita por terminada?

—Si siguiéramos con ella, sería una cita un poco mierda.

—Cierto. —Flynn lo miró con intensidad—. Pero tengo una pregunta.

—Dime.

—¿Le has dicho lo que sientes por él?



Tauro: Cuando estamos en la cama, no te sueltas.

Caspian: Es que tu colchón es divino, caigo rendido.

Tauro: O tienes que entregar un trabajo al día siguiente. O que salir a correr temprano. O tu amigo te va a llamar desde la otra punta del país. No es que estés ocupado, es que siempre tienes una excusa.



Géminis: Oye, mira, a mí me gusta mucho la gente.

Caspian: Lo sé, eres el tío más extrovertido que he conocido en mi vida.

Géminis: Pero, una cosa: ¿es de vital importancia que conozca a este tal Eli?

Capítulo Cinco



Caspian se dirigió a casa a grandes zancadas, sumido en una ensoñación, imaginándose cómo irrumpiría en la habitación de Eli y le diría por qué salir con otros chicos no tenía sentido cuando solo lo quería a él.

Redujo la marcha. Y, luego, ¿qué?

Eli había leído todos sus mensajes y había averiguado cuál era el problema de Caspian. Era listo, intuitivo. Tenía que haberse dado cuenta.

Mierda, lo sabía. Por supuesto que lo sabía.

¿Estaba Eli tratando de posponer la conversación en cuestión? ¿Planeando cómo poner ciertos límites en su relación? ¿Se disculparía por haber sobrepasado esos límites con el beso que le había dado?

De solo pensarlo, dolía. Lo que Caspian tenía que decirle, sin duda cambiaría el curso de su amistad.

¿Debería decírselo de todas formas?

¿Cómo no iba a hacerlo si, además, ambos ya eran conscientes de ello? Cuanto antes reconociera lo obvio, mejor; sin importar lo mucho que pudiera doler.

Atajó por el *cul-de-sac* donde vivía la señora Wallace, pasó por el caminito que atravesaba el bosque y cruzó el parque. Tenía un nudo en el estómago.

Había llegado el momento.

Entraría al cuarto de Eli por la ventana, se sentaría en la cama y le explicaría por qué no lograba conectar de forma íntima con nadie. No tenía nada que ver con el horóscopo. Los signos del Zodíaco eran como una muleta, algo en lo que apoyarse para autoconvencerse de que quizá algún día alguien parecido a Eli entraría en su vida. Pero eso era imposible. No había nadie como Eli.

Lo miraría a los ojos y se lo diría. Para Caspian, el sexo y los sentimientos estaban entrelazados.

Nunca se había sentido lo suficientemente cómodo como para ponerse íntimo con alguien e ir más allá, a pesar de que muchas veces sí que lo había deseado. Y era porque necesitaba esa cercanía, esa confianza y familiaridad que con Eli sentía hasta en los huesos.

Puede que Eli no correspondiera sus sentimientos en el aspecto sexual; de hecho, podía ser que, a pesar de todo, Caspian no fuera capaz de tener relaciones sexuales. Pero la relación como tal ya existía; y era muy buena.

Y él quería eso.

Quería que Eli quisiera eso.

Aceleró el paso al entrar en su calle. Estaba a punto de entrar en casa, cuando su madre abrió la puerta y salió con una bolsa al hombro. Otra urgencia médica.

—¿Llegarás antes del desayuno? —le preguntó Caspian mientras se despedía de ella con un fuerte abrazo. Olía a limpio, como si se acabara de duchar.

—Dios, espero que sí. Lo siento, cielo. A partir de mañana estaré libre y nos aseguraremos de pasar tiempo de calidad juntos. Tú y yo... Bueno, y Eli —dijo su madre con una risita.

Caspian tragó saliva.

—Me encantaría.

Le dio un beso en la mejilla y salió disparada hacia su coche.

Cuando se hubo quitado el abrigo, la bufanda y las botas, Caspian subió las escaleras nervioso pero lleno de esperanza. Se miró al espejo. Llevaba unos vaqueros y la camisa que Eli le había dicho que le favorecía.

Respiró hondo. Vale. Bien.

Iba a hacerlo.

Fue hacia la ventana, apoyó las palmas de las manos en el frío cristal y se quedó helado.

Eli estaba de pie en su habitación, de espaldas. Astrid tenía los brazos alrededor de su cuello y lo abrazaba con ternura. ¿Se...? ¿Se habían reconciliado?

¿No se suponía que ella solo había venido a traerle unas cosas? ¿No se suponía que ella se iba?

«¡Suéltalo!».

Astrid se puso de puntillas y lo besó.

A Caspian se le escapó un grito ahogado, gutural, y dejó que el dolor se le extendiera por todo el cuerpo. Se apartó de la ventana y se dejó caer en la cama. Su habitación se convirtió en un borrón, le picaban los ojos, la garganta.

El aire se espesó, se tornó más oscuro; y la casa, más silenciosa. Se hizo un ovillo en la cama en la que llevaba años sin dormir. El reloj de la mesilla, con sus números resplandeciendo en verde, marcó los minutos, las horas; medianoche, la una de la madrugada.

Le vibró el móvil.

Caspian cerró los ojos. Era Eli.

Se aferró al teléfono mientras leía su mensaje.

Eli: Supongo que esto significa que te lo estás pasando bien.

Cerró los ojos de nuevo. ¿Tendría que sonreír, fingir que estaba bien? Se le secó la garganta. ¿Cómo?

Lágrimas calientes se le deslizaron por la cara. Le dolía todo. Pensó en Astrid besando a Eli y una bola de celos lo golpeó con fuerza. ¿Tenía que responder al mensaje? ¿Podía hacerlo?

Lo intentó. Escribió, borró y lo intentó de nuevo. No pudo.

Se cubrió con la almohada y gritó. Lanzó el móvil hacia el otro lado de la cama.

No contestó.

Ni durmió en toda la noche.



SU MADRE VOLVIÓ A ESO DE LAS OCHO DE LA MAÑANA. CASPIAN FUE AL BAÑO Y LUEGO BAJÓ A la cocina para verla.

La pobre parecía agotada. Caspian suponía que él tendría la misma pinta, como un muerto en vida, aún con la ropa del día anterior, toda arrugada.

Puso agua a hervir y sacó dos tazas.

—Gracias, cielo —le dijo su madre mientras cogía una de las tazas con el ceño fruncido—. Qué raro se me hace.

—¿Que te prepare un té?

—Que estés en casa tan temprano.

Caspian se quedó mirando su taza con ese nudo en la garganta que no se iba.

—¿Estás bien, cielo?

Una carcajada vacía de todo humor le trepó por la garganta a través del nudo y la picazón.

—Estoy casi seguro de que soy asexual. Y seguro del todo de que estoy enamorado de mi mejor amigo, que puede ser que haya vuelto con su ex, así que no, no estoy bien.

—Ay, Cas, mi vida. —Su madre lo sumergió en un abrazo lleno de amor y aceptación—. Te quiero.

Caspian también la abrazó fuerte y el pecho se le contrajo al intentar no romper a llorar.

—Me preocupa que mis sentimientos se carguen nuestra amistad; que alejen a Eli de mí.

—No creo que eso sea posible.

—No sé si podré soportar ver cómo se enamora de otra persona. Ni de Astrid ni de quien venga después.

—Ay, mi niño.

—Sé que no hay nada qué puedas decir o hacer. Pero ojalá lo hubiera.

Entonces, sonó el timbre.

¿Sería Eli?

Se separó del abrazo de su madre y salió corriendo hacia la puerta.

La abrió de par en par y se encontró con los ojos grises y serios de Natasha.

—Así que no estás muerto.

Caspian se sorbió la nariz.

—¿Qué?

—A estas horas sueles estar en nuestra casa desayunando y Eli parece que lleva llorando toda la noche. Mi hijo nunca llora.

Caspian se quedó de piedra, el corazón y el estómago fundiéndose en un revoltijo de nervios.

—Madre de Dios —dijo Natasha—. Pero si tú pareces estar casi tan mal como él.

A Caspian le temblaban las manos. ¿Eli se había pasado la noche llorando? ¿Tan cerca de él y Caspian sin saberlo?

—¿Dónde está?

—Ha vuelto a la cama.

¿A seguir llorando?

Caspian giró sobre sus talones y subió las escaleras de tres en tres.



Cáncer: Acabo de hacer galletas de chocolate, ¿por qué no vienes y hablamos de ello mientras nos las comemos?

Caspian: No sé, lo de las galletas suena bien.

Cáncer: Ja, ja, ja. Espero que eso quiera decir que podemos seguir siendo amigos.



Leo: Siento que lo nuestro no funcionara. ¿Cómo han ido las cosas con Eli?

Capítulo Seis



Caspian abrió la ventana de su habitación, salió a la luz de la mañana y gateó por la escalera llena de escarcha. Cada carámbano en su camino le parecía una lágrima congelada; una de las que Eli había derramado por su culpa, porque Caspian había sido un egoísta que se había revolcado en su propio dolor sin pensar en cómo se debía de estar sintiendo él.

Nunca habían estado una noche separados. Siempre que se encontraban en la misma zona horaria, dormían juntos.

Incluso durante el año que Eli había estado con Astrid; siempre volvía a casa a tiempo para estar con él. Para estar juntos.

Joder.

La ventana estaba cerrada y, por un terrorífico instante, Caspian pensó que tenía el pestillo puesto. Pero, al tirar de ella para abrirla, saltó un poco de hielo y se deslizó hacia arriba sin problema.

Alivio, culpa, miedo y dolor se arremolinaban en un torbellino en el desastre que eran su cabeza y su corazón en esos momentos. Se sentó en el alféizar en el mismo momento en que Eli se incorporaba en su cama.

Se miraron.

Eli estaba despeinado, cada mechón disparado en una dirección; tenía marcas de almohada en la mejilla y llevaba puesta una camiseta suya.

Caspian creía que había perdido esa camiseta.

Sus preciosos ojos azules estaban rojos e hinchados. Ay, Eli.

—Cariño...

Eli se levantó de la cama con la cabeza bien alta. Era la viva imagen de la determinación, caminando hacia él con paso decidido. Pero había algo en sus ojos, algo muy sutil...

Nervios. Eli estaba nervioso.

Y atemorizado.

Igual que Caspian, que se aferraba al alféizar con ambas manos.

Eli se detuvo frente a él, una pared temblorosa que emanaba calidez por cada poro. Pero no lo miraba, tenía la vista fija en un punto por encima del hombro de Caspian.

Dejó salir el aire en un suspiro largo y lento.

—¿Te ha tratado bien? ¿Ha tenido cuidado?

¿Qué?

Oh. Ooh.

Caspian se lanzó a cogerle la mano con desesperación; el corazón se le iba a salir del pecho, tenía la lengua pegada al paladar. Negó con la cabeza.

—Tuve que dejar la cita a medias.

Los ojos azules, brillantes y llenos de confusión de Eli se encontraron con los de Caspian.

—¿Por qué?

Las palabras no eran suficientes. Eran torpes e inadecuadas. Y no lograba concentrarse en qué decir...

Llevó la mano a la nuca de Eli, lo agarró y tiró de él, acercándolo. Notó su jadeo como una caricia contra la nariz un instante antes del calor que explotó al unir sus labios.

Y, entonces, Caspian lo besó.

Lo besó con el corazón a punto de salirse del pecho.

Lo quería más cerca y le tocó la cintura con suavidad, de forma tentativa, como pidiéndole permiso, y Eli se pegó a él, colocándose entre sus muslos.

Caspian gimió ante la sensación tan familiar del cuerpo de su mejor amigo contra el suyo. Se apartó un poco para encontrar su mirada; los ojos de Eli mostraban sorpresa y asombro. Lo mismo que sentía él. Dios, esperaba no estar soñando. Tragó saliva con dificultad.

—¿Y Astrid? Os vi besaros.

La cara de Eli reflejó multitud de emociones en un solo instante, hasta que la comprensión de

lo que había dicho Caspian se instaló en su rostro. Frunció el ceño.

—Era un beso de despedida, Cas. Me lo dio ella a mí. Eso es todo lo que fue.

A Caspian se le llenó la tripa de mariposas y tuvo que parpadear varias veces antes de poder preguntar:

—¿De verdad?

Los labios de Eli acariciando los suyos fueron la respuesta perfecta.

Caspian se aferró a él con más fuerza, como si la intensidad del momento se le pudiera escapar si se descuidaba.

Como si agarrándose a él pudiera vivir en ese instante para siempre.

Respiraciones entrecortadas, narices rozándose, dientes chocando. Paraban, empezaban de nuevo, continuaban. Eli sabía a lágrimas saladas y Caspian no se detuvo hasta que supo a él y solo a él.

Una brisa de aire helado se coló en la habitación y Eli se estremeció entre sus brazos. Caspian se puso de pie, pegándole más a él y cerró la ventana.

Fue un movimiento torpe y un tanto incómodo, pero no quería soltar a Eli.

Eli se rio, lo besó de nuevo y tiró de él hacia la cama.

Aterrizaron sobre el edredón, cara a cara, y Eli le rodeó las caderas con una pierna.

Caspian le agarró el muslo y le dio un apretón, mientras las miradas de ambos se enlazaban y se estudiaban el uno al otro con detenimiento. Habían compartido esa cama miles de veces. Se habían abrazado y sostenido miles de veces. El momento que estaban viviendo era lo más familiar del mundo y, a la vez, tremendamente nuevo.

Caspian volvió a besarlo.

—Esto es...

—Sí —susurró Eli contra su boca.

—¿Qué está pasando?

Eli llevó una mano a su mejilla y lo miró a los ojos.

—Quiero pensar que, por fin, lo inevitable.

—¿Lo inevitable?

—Cas, llevamos bastante tiempo en una relación de pareja.

Caspian sintió la verdad de esa afirmación hasta en los huesos, pero oírsele decir a Eli lo aturdió un poco.

—Astrid me obligó a aceptar la verdad. Me dijo que se sentía como la tercera en discordia en mi relación contigo.

«Mi relación contigo».

—¿Porque nos llamamos por teléfono?

Eli se quedó mirándolo.

—Todos los días. Y a menudo hablamos durante horas.

—No es algo raro entre mejores amigos.

—Pero, si por mí fuera, no colgaría nunca.

Caspian buscó la mano de Eli y enlazó sus dedos.

—Yo tampoco.

—Pedí el traslado a Harrison. —Eli tragó saliva—. Necesitaba estar cerca de ti.

—¿Desde hace cuánto tiempo te sientes así?

—Puede que, aunque no fuera consciente del todo, siempre me haya sentido así.

Caspian se puso bocarriba y el movimiento hizo que sus dedos y los de Eli se desenlazaran.

—Pero en el baile, cuando te intenté besar... Me dejaste claro que no querías que pasara nada entre nosotros.

—Tenía dieciséis años. Eras el primer chico que me gustaba y no sabía cómo manejar la situación. Éramos mejores amigos y no quería que eso cambiara. Luego perdiste a tu padre y lo que necesitabas era mi apoyo, no que te complicara más la existencia. Valoraba nuestra amistad por encima de todo y, desde entonces, he vivido aterrorizado de cargarme lo nuestro. Era más fácil vivir con la etiqueta de mejor amigo.

Caspian notó un pellizco en el pecho.

—¿Y qué ha cambiado? Aparte de Astrid obligándote a reconocer la verdad.

—La intensidad de lo que siento por ti ha ido en aumento desde entonces. —Se le quebró la voz—. Ya no puedo contener mis sentimientos. —Los labios de Eli le rozaron la mejilla—. Y tampoco quiero hacerlo.

Caspian giró la cara para mirarlo y se empapó de la seriedad de su expresión.

Eli siguió hablando con la voz ronca:

—Pero también ha habido otra cosa.

Caspian se puso de lado y se recolocó la pierna de Eli alrededor de las caderas. Empezó a acariciarle la cara exterior del muslo, dibujándole círculos con el pulgar.

—¿Qué?

—Leo. —Eli cerró los ojos y apretó la mandíbula—. Nunca había sentido unos celos tan brutales. —Abrió los ojos de nuevo y sostuvo la mirada de Caspian—. Me parece bien que no haya sexo entre nosotros siempre y cuando podamos seguir teniendo lo que tenemos. Lo que no me parece bien es que sea otra persona la que te haga el amor.

Caspian parpadeó, notando las pestañas húmedas contra la piel. Pegó la boca a la de Eli y sollozó contra sus labios.

—Creí que... no me querías ver desnudo.

—Ya lo creo que quería. Muchísimo.

—¿Sí?

—Estaba empalmado hasta el punto del dolor, Cas. Tenía miedo de que te dieras cuenta. —Eli suspiró—. Me estaba poniendo malo de pensar en Flynn tocándote.

Caspian volvió a besarlo y quiso asegurarle que era a él a quien quería, que siempre había sido así.

—He estado enamorado de ti desde siempre.

—No estaba seguro de si seguías... No hacías más que decir que Virgo y tú nunca podríais..., pero mi nombre era tu contraseña para desbloquear el móvil...

—Tu nombre es mi contraseña para todo.

—... Y eso me dio esperanza.

Caspian se puso encima de Eli y lo besó con dicha, deleitándose en las nuevas sensaciones, en sentirlo empalmado contra el muslo. Se besaron y se rieron; y se besaron más; y Caspian adoró la presión de los brazos de Eli alrededor de su cuello, su expresión relajada, sus ojos oscurecidos por la excitación.

Los besos de Eli eran juguetones pero llenos de sinceridad, adictivos, y cada uno de ellos se colaba en el interior de Caspian y se le pegaba al pecho.

Eli le fue dejando suaves besos en la boca, en la mandíbula, en las zonas más sensibles de su cuello. A Caspian le encantaba que no estuviera usando la lengua, la presión de sus labios contra la piel, el roce, el sonido. Besar nunca había sido tan cómodo, tan adecuado.

Caspian le acarició el cuello con la nariz e inhaló con intensidad, haciendo que Eli se retorciera.

—¿Tienes cosquillas?

—Sí.

—¿Te gusta?

—Sí —dijo Eli en un suspiro.

Caspian posó los labios donde el cuello y el hombro de Eli se unían y susurró:

—¿Qué te parece si nos desprendemos de la ropa y me haces el amor?

Eli le levantó la cabeza, llevó una mano a su mejilla y buscó su mirada.

—No tenemos que hacerlo.

Caspian contoneó las caderas contra la erección de Eli y contestó entre suspiros:

—¿Y si quiero hacerlo?

Estaba excitado. No empalmado del todo, pero tampoco la tenía flácida. Sentir a Eli debajo de su cuerpo era una sensación increíble y su corazón le pedía estar más cerca aún. Cuando habló, lo hizo con voz temblorosa:

—Aunque no me... Aunque yo no... ¿Me harás el amor igual, por favor?

Eli se irguió y capturó el labio inferior de Caspian en un beso de lo más sensual.

—Sí.

Caspian sintió una ola de alivio recorrerlo de pies a cabeza y una profunda emoción atascándose en su garganta.

—¿De verdad?

—No necesito que estés empalmado para saber que te sientes atraído por mí. Puedo sentirlo en tus besos, en la forma en que me agarras. Te lo puedo ver en los ojos. Confío en ti, Caspian. Te escucharé cuando me digas que quieres algo y también lo haré cuando me digas que no.

Caspian se derrumbó sobre él, haciendo un esfuerzo enorme para no ponerse a llorar a mares.

—Quiero hacerlo, Eli.

—Yo también.

Su siguiente beso fue suave, lento, y Eli lo hizo rodar, poniéndolo bocarriba sobre la cama, sentándose a horcajadas sobre él.

—Pero quiero hacer otra cosa antes —dijo.

Caspian asintió.

—Lo que sea.

Eli se puso de pie y le hizo un gesto para que él también hiciera lo mismo.

Caspian alzó una ceja.

—Me muero de hambre. Y, si no recuerdo mal, me prometiste una cita en la cafetería.

—¡Tu sueño era una cita! —dijo Caspian golpeándose la cabeza con una mano.

Eli se rio y su semblante se iluminó, todo él resplandeció, y Caspian se juró a sí mismo que le llevaría a cada cita imaginable.

Abrió la ventana y le dijo:

—Dame diez minutos.



CASPIAN RECOGIÓ A ELI EN LA PUERTA DE SU CASA CON UNA FLOR QUE HABÍA SACADO DE UNO DE los ramos de plástico de su madre.

Eli se sonrojó y luego, de forma un tanto torpe, volvió a entrar en casa para dejar la flor.

Fue Eli quien condujo hasta la cafetería; Caspian pagó los sándwiches y eligió la mesa, una junto a la ventana.

Se quitaron los abrigos y se sentaron, sonriéndose el uno al otro.

—Venga, pues comamos algo.

—Y charlemos —le recordó Eli con los ojos brillantes.

—Comamos y charlemos. —Caspian le dio un mordisco a su sándwich de pollo y notó el chute de energía al instante—. ¿Sigues teniendo mi carné de gay?

Eli se sacó el carné de la biblioteca del bolsillo.

Caspian sonrió.

—¿Lo llevas a todas partes?

—Todos los días.

—¿Y por qué no se lo enseñaste a aquel chico?

Eli jugueteó con la corteza del pan de su sándwich antes de contestar.

—Me sentí muy territorial. —Alzó la vista—. Y, además, quería besarte.

Caspian sintió el placer de esa confesión recorrerle todo el cuerpo.

—Esta es la mejor cita de la historia. Y me encanta lo de que te sientas territorial.

Eli se rio y puso los ojos en blanco.

Cuando terminaron los sándwiches pidieron pudín de postre. Caspian se llevó una cucharada a la boca e hizo una mueca.

Eli escupió el suyo.

—Esta vez sí voy a devolverlos.

Caspian le agarró la mano y lo detuvo.

—Venga, Cas. El café, vale; pero esto no lo podemos dejar pasar.

—Lo sé. —Caspian se levantó y cogió la bandeja—. Pero debería hacerlo yo.

Eli lo miró con la cabeza ladeada.

—Odias las confrontaciones.

—Sí, pero quiero que sepas que, por ti, haría cualquier cosa.



Eli: Deja de mirarte en el espejo. Estás perfecto.

Caspian: ¿Me has espiado alguna otra vez por la ventana?

Eli: ...

Capítulo Siete



—**S**í que lo has hecho —dijo Caspian mientras entraba en el cuarto de Eli por la ventana.

—No de forma intencionada. —Eli se pasó una mano por el pelo—. Pero una vez te veía, no dejaba de mirar, no.

—¿Desde cuándo?

—¿La primera vez? Fue justo antes de aquel desafortunado beso con Percy.

Caspian se enfurruñó con solo oír su nombre y Eli lo agarró y lo sentó en la cama a su lado.

—Necesitaba saber si podía sentir por otro chico lo que sentía por ti. Y comprobé que no. Odio que nos pillaras.

—Odié a Percy durante años después de eso —murmuró Caspian—. Él no lo sabía, por supuesto, pero en mi cabeza lo odiaba mucho.

Eli se rio entre dientes y lo besó. Caspian accedió a dejar atrás el pasado.

—Has dicho que esa fue la primera vez que me espiaste a escondidas. ¿Ha habido más?

—Alguna que otra. Vistazos fugaces que me paralizaban durante segundos antes de que reaccionara y me diera la vuelta.

—Yo también te he visto alguna vez. El sábado por la noche, por ejemplo.

Eli pareció sorprendido. Complacido, incluso.

—Te estabas cambiando antes de acostarte y... —Caspian le cogió la mano, piel con piel—. Eres muy muy sexi, cariño.

—Me encanta cuando me llamas así.

Eli lo besó, y el mero deslizar de su lengua lo hizo estremecer.

Caspian le quitó la camiseta despacio y Eli le devolvió el favor, acariciándole con delicadeza el vello del pecho y dibujando círculos alrededor de sus pezones, que se pusieron duros al instante.

Caspian siguió besándolo mientras Eli lo acariciaba. Estaba nervioso, excitado, perdido en esos ojos azules llenos de deseo y... Joder, quería darle placer, quería darle a Eli todo el placer del mundo.

Con manos temblorosas, empezó a bajarle la cremallera de los vaqueros, milímetro a milímetro. Eli jadeó cuando su polla dura fue liberada de su confinamiento.

Caspian le agarró la erección por encima de la ropa interior; la cabeza de su polla, húmeda contra el algodón del bóxer. Y se estremeció mientras lo acariciaba, mientras le frotaba el glande. Eli no enmascaraba sus respuestas, las dejaba fluir con naturalidad: gemidos, jadeos guturales y ruegos para que Caspian se desnudara.

Y eso fue lo que hizo, con un poco de timidez, se quitó los vaqueros y la ropa interior; Eli hizo lo mismo.

Se quedaron mirando el uno al otro. Eli estaba tumbado en la cama: delgado, esbelto, fuerte. Su polla, erecta contra el abdomen mientras se acariciaba de forma relajada los huevos.

—¿Te tumbas a mi lado?

Caspian se subió a la cama con la piel de gallina, ruborizado, y se acostó junto a él, de lado. Se incorporó sobre un codo y admiró el cuerpo de Eli. Tragó saliva. Cuando habló, la voz le salió ronca:

—Me excitas.

—Lo sé. —Eli también se puso de lado—. ¿Puedo...?

—Sí.

Caspian cogió la mano de Eli y se la puso en la polla.

Eli lo tocó con suavidad y lo miró a los ojos con curiosidad. Solo eso, no lo estaba juzgando, solo quería saber.

Caspian asintió.

—Me gusta.

—¿Es mejor cuando te tocas tú?

—Sí.

—Hazlo si te sientes más cómodo. Tócate cuanto quieras.

—Pero puede que aun así no logre...

Eli lo besó.

—Está bien.

—¿A pesar de eso, me harás...?

Eli arrastró la boca desde los labios de Caspian hasta la mandíbula, hasta su oreja.

—Me muero de ganas de estar enterrado en tu interior, Cas. Tú y yo juntos, eso es lo único que importa.

Y era cierto. Eso era todo lo que importaba.

Eli lo tocó con ternura, lo estiró utilizando mucho lubricante y le dio cada beso que Caspian le pidió.

Caspian abrió las piernas e inclinó las caderas para poder recibirlo. Eli se puso un condón y se posicionó para entrar en él; el roce de su piel desnuda, glorioso contra su cuerpo. Tanteó su entrada, acariciándole con la polla el primer anillo de músculos, haciendo que a Caspian el corazón le retumbara en el pecho de forma ensordecedora.

Tragó saliva y Eli enlazó los dedos de las manos con los suyos.

—Estoy listo —dijo Caspian en un susurro.

El agarre de sus manos se hizo más fuerte y Eli empezó a deslizarse poco a poco en su interior. Caspian contrajo los músculos ante el dolor.

—¿Cas? —susurró Eli, deteniéndose.

—No pares, cariño. Sigue —dijo Caspian tras un suspiro y un apretón en la mano de Eli.

Centímetro a centímetro Eli lo estiró, lo llenó y, cuando estuvo dentro hasta la raíz, jadeó y se estremeció de placer.

Caspian le agarró la cara y estudió su expresión, maravillándose del crudo deseo que pudo ver en su rostro. Saber que era él quien le estaba dando eso a Eli lo llenó de un placer inmenso.

—Sentirte a mi alrededor es increíble —murmuró Eli—. ¿Puedo...?

Caspian hizo girar las caderas, dándole todo el permiso que pudiera necesitar, y Eli se hundió en él de nuevo, gimiendo de tal forma que Caspian no pudo evitar llevarse una mano a la polla y empezar a tocarse. Todavía no estaba *ahí* del todo, pero era muy agradable.

Y más agradable aún era ver a Eli soltándose, dejándose llevar, arremetiendo y enterrándose en él. Caspian ardía en orgullo y territorialidad. Cada jadeo, cada «Dios, sí» que salía de la boca de Eli lo encendían más a él. Quería darle más. Quería dárselo todo.

Salió al encuentro de cada embestida mientras la resbaladiza polla de Eli entraba en él cada vez con más fuerza, cada vez más rápido, cada vez más extasiado de placer. El calor que emanaba de los cuerpos de ambos formaba una especie de capullo de intimidad y protección a su alrededor y eso, junto a la respiración entrecortada de Eli en su cuello, era indescriptible.

Ser capaz de transformar a alguien tan serio y cabal en este manojo de deseo y balbuceos...;

que Eli confiara tanto en él como para exponerse así...; que Caspian supiera con toda certeza que Eli se detendría si se lo pidiera...

Se sentía poderoso, seguro, amado, y se le hinchaba el corazón en cada arremetida de caderas.

Eli gimió y le besó la clavícula.

—Cas, sentirte de esta forma es increíble.

Caspian le rodeó la cintura con las piernas y le susurró que tomara lo que quisiera. Sintió la cruda necesidad en la mirada de Eli como si fuera la suya propia.

Caspian se masturbó con toques rápidos y experimentados hasta que se corrió en una avalancha de satisfacción y calidez; Eli gritó su placer, aferrándose con fuerza a la mano de Caspian mientras montaba la ola de su orgasmo. Caspian lo sostuvo durante cada sacudida, contrayendo los músculos y exprimiéndole la polla para prolongar su placer.

Eli se dejó caer contra su pecho y Caspian lo sostuvo, pegado a él, notando las cosquillas de sus jadeos contra la piel.

—¿Ha sido...? —susurró Eli alzando la vista y estudiando la expresión de Caspian con unos ojos azules llenos de vulnerabilidad.

—Sí —le respondió en voz baja—. Me ha gustado estar tan cerca de ti.

Eli salió de su interior y Caspian sintió la pérdida de su conexión al instante.

Una vez limpios, Eli volvió a meterse en la cama. Caspian se acurrucó contra él y saboreó su olor en la piel de Eli. Notar sus suaves dedos acariciándole la espalda desde el omóplato hasta la cadera, la expresión de su cara, como si Caspian le hubiera regalado algo mágico...

—¿Eli? —susurró casi ahogándose en la ternura que lo inundó.

—¿Sí?

—Quiero volver a hacerlo contigo. —Le tembló la voz—. Pero ¿te parece mal que tus brazos a mi alrededor sean mi parte favorita?

Eli sonrió con cariño.

—También es mi parte favorita.

Caspian se derritió, dejando salir un suspiro de satisfacción.

Como habían hecho miles de veces antes, Eli palpó su mesilla en busca del antifaz de repuesto de Caspian y le ayudó a ponérselo. Pero, a diferencia de esas otras miles de veces, esta vez Eli acarició la nariz de Caspian con la suya y lo besó.

—Duérmete, Cas. Que, cuando nos despertemos, quizá tengamos que hacerle saber a nuestras madres que lo hemos arreglado, para que no se mueran de la preocupación.

Caspian sonrió.

—La tuya no creo que se sorprenda.

—Puede que, cuando se lo digamos, use la expresión «ya era hora».

Se rieron y Caspian se puso encima de él, a ciegas.

—Estás sonriendo, ¿a que sí?

A Eli se le entrecortó la respiración.

—¿Cómo lo sabes?

—Puedo notarlo.

Eli soltó una carcajada.

—¿Caspian?

—¿Hmm?

Eli le dio un apretón en la nuca y lo acercó más a él, exhalando con suavidad contra su oído.

—Te quiero.



Caspian: ¿Qué te parece si soy yo el que pide el traslado a tu universidad?

Eli: La mía no es tan prestigiosa como la tuya.

Caspian: Me da igual. Además, puede que no quiera hacer un posgrado...

Eli: El traslado siempre es una opción.



¿Quieres más romances que se cuecen a fuego lento, algún regalito y participar en uno de mis sorteos? Suscríbete a mi *newsletter*:

<https://www.anytasunday.com/newsletter-free-e-book/>

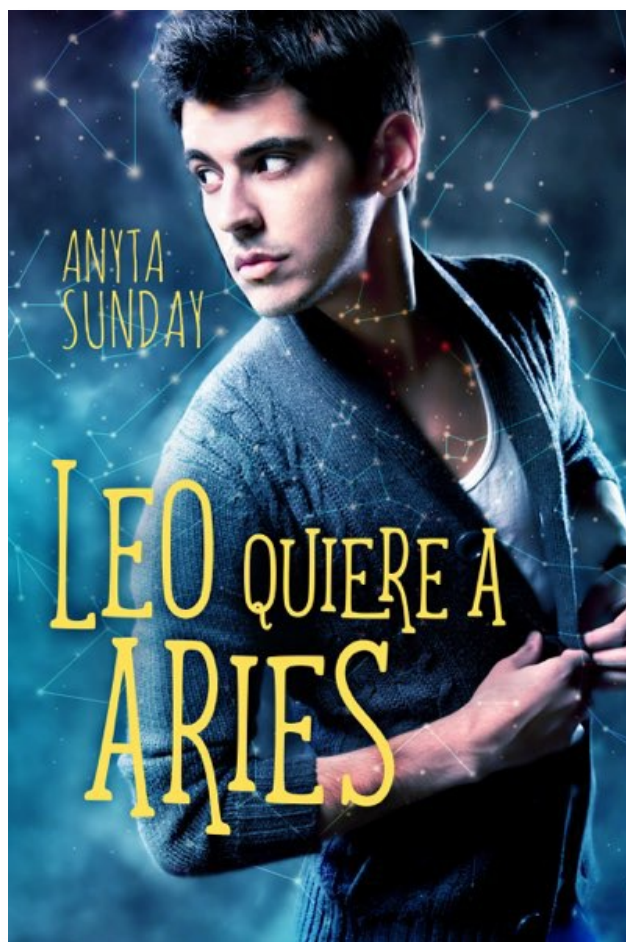


Disponible en español: *Leo quiere a Aries (Signos de amor #1)*

¿Necesitas más protagonistas despistados que se ven afectados por el horóscopo?

Pues aquí tienes...

Leo quiere a Aries: Signos de amor #1



Leo quiere a Aries. O así sería si el despistadísimo de Leo fuera capaz de verlo.

Theo Wallace, un leo perezoso y divertido, necesita encontrar una amistad verdadera, de esas que duran para siempre. Una amistad que le ayude a superar el pasado y a centrarse en un futuro más brillante y prometedor.

Jamie Cooper, un aries sensato y entusiasta, podría ser ese amigo. Está hecho tan a su medida que es como si lo suyo estuviera escrito en las estrellas. Es el compañero de piso perfecto.

Todo va bien y es muy divertido.
Mucho más que divertido.

Pero ¿qué significan esas largas miradas que Jamie le dedica a Theo?

¿Y qué son esas mariposas que Theo siente en el estómago?

El despistado de leo necesitará de la astucia de aries para descubrirlo.

Leo quiere a Aries es una novela con mucho tonto, con un amor que se cuece a fuego lento entre dos compañeros de piso que van de amigos a amantes (*friends-to-lovers*). Un romance gay chico-chico con final feliz y esperanzador. Se trata de una historia *New Adult* que se desarrolla en un entorno universitario y que abre la serie *Signos de amor*.

Todos los libros de la serie *Signos de amor* son autoconclusivos y pueden leerse de forma independiente.

LEO QUIERE A ARIES (bisexualidad recién descubierta, *friends-to-lovers*, con un protagonista la hostia de despistado)

ESCORPIO ODI A VIRGO (enamorado de mi vecino, un *enemies-to-lovers* que no se creen ni ellos, confusión de identidad)

GÉMINIS SE QUEDA CON CAPRICORNIO (falso noviazgo, *friends-to-lovers*, amor prohibido)

PISCIS PESCA A TAURO (matrimonio de conveniencia, polos opuestos que se atraen, diferencia de edad)

CÁNCER SE EMBARCA CON ACUARIO (niñero/canguro, viudo, polos opuestos que se atraen)

SAGITARIO SALVA A LIBRA (falsa identidad, intercambio de gemelos, romance en pueblo pequeño).

Leo quiere a Aries - Capítulo 1

Theo Wallace se encontraba frente a su buzón con una tarjeta de ribetes dorados entre las manos. Un sentimiento de traición parecía ahogarlo mientras la lluvia desdibujaba el nombre de Samantha sobre la cartulina, dando la sensación de que las letras lloraban.

El enero pasado, hacía ahora un año, Sam y él habían estado en ese mismo lugar haciendo ángeles en la nieve. Su hermana Leone y el novio de esta, Derek, se les habían unido y se habían reído tanto que la sensación de euforia le había durado todo el día.

La verdad con la que le había abofeteado Sam unos días después lo había pillado desprevenido: quería pasar su vida con otra persona, con alguien menos complicado que él. Con Derek.

Cerró los ojos, apartó ese recuerdo de su mente y se concentró en las gotas de lluvia que resbalaban por su capucha, en lugar de en el vacío que sentía en su interior. Mierda. Se había convertido en un auténtico llorón.

Se dirigió al cubo de basura que había en la acera y levantó la húmeda y fría tapa solo para volverla a cerrar al instante con la invitación aún en las manos.

Parecía que no podía deshacerse de la puñetera tarjeta porque..., bueno..., pues porque no era solo para él, también iba dirigida a Leone.

Sí, seguro que era por eso.

Cuadró los hombros, cogió las otras dos cosas que había en el buzón y emprendió la vuelta a casa, chapoteando por el camino de piedra blanco hasta la puerta principal.

—¡Leone! —gritó una vez dentro para hacerse oír sobre la estridente música electro pop que inundaba la casa del sistema de sonido.

Se quitó los zapatos, los metió en el mueblecito de la entrada y se aseguró de que los cordones no quedaran fuera.

—Ya verás cuando oigas esto —dijo mientras colgaba su chaqueta.

—Estoy en el salón.

Theo giró hacia la habitación principal. Vivían de alquiler en una casa victoriana de dos pisos. Los anteriores inquilinos habían tirado varias paredes dejando un salón enorme con cocina

integrada.

Encontró a su hermana en pantalones de yoga y camiseta de tirantes, haciendo estiramientos contra una de las columnas de madera. La música se desvaneció cuando Leone, para hacerse oír, quitó el teléfono de su base y, balanceando su coleta color coca cola, se giró hacia él y olfateó el aire.

—Hueles a lluvia, hermanito.

—Es que estoy calado, ¿no has oído cómo cae ahí fuera?

—Me pareció que oscurecía un poco —dijo ella—, pero no estaba segura.

Palpando el sofá azul marino, Leone se dirigió a la cocina.

No parecía que estuviera contando cada paso ni que sacar una de las tazas negras de los armarios blancos y llenarla de agua le supusiera el más mínimo problema.

Y es que no parecía, para nada, que Leone estuviera prácticamente ciega.

Cuando se bebió el agua, se acomodó en la butaca, y dijo:

—Entonces, ¿qué es eso que tengo que oír?

Theo dejó caer el correo que tenía bajo el brazo en la mesita de café y se tiró en el sofá, apoyando la cabeza en el reposabrazos mientras se apretaba el puente de la nariz.

—Ya ha llegado.

—¿Qué es lo que ha llegado?

La voz de Leone estaba teñida de confusión hasta que, de repente, contuvo el aliento.

—Vale... —Y, tras un silencio tenso, añadió—: ¿Y cuándo es?

—Está en la esquina más cercana a ti. La cartulina cuadrada. He estado a punto de tirarla.

Pero estaba claro que tenía ciertas tendencias masoquistas ya que, parte de él, se moría por leerla.

—¿Vas a hacer los honores o me vas a hacer sacar la lupa para poder leerla yo? —preguntó Leone.

Theo se giró en el sofá para poder coger la condenada tarjeta de la mesa.

En papel color crema y dorado, con unas enormes letras en cursiva —ahora desdibujadas por la lluvia— se encontraba el doloroso texto:

NOS CASAMOS.

SAMANTHA ROYCE & DEREK JOHNSON.

—A mediados de mayo. —Se le quebró la voz. La garganta le ardía como si acabara de tragar fuego.

Leone hizo un sonido ahogado, sus ojos verde claro llenándose de lágrimas. Theo arrojó la tarjeta a la mesa y se sentó con ella en la butaca. Se colocó la cabeza de su hermana en el hombro y le apartó un mechón de pelo, poniéndoselo detrás la oreja.

—Que les jodan.

—Sí, pero no nosotros.

—En eso tienes razón —contestó Theo soltando una carcajada carente de todo humor.

Derek y Leone habían estado juntos tres años; y Samantha —Sam, Sammy— y él, dos.

Una semana después de lo de los ángeles en la nieve descubrieron que se habían desenamorado *de* ellos y enamorado *entre* ellos.

Y Theo creía haberlo superado.

Verlos juntos el pasado Halloween, con ella portando un brillante pedrusco en su dedo anular, ya había sido lo bastante duro.

Y ahora esto...

Notó como se le revolvía el estómago.

—Ojalá pudiera odiarlos —dijo Leone.

—Ya. Y yo.

Pero no podía. Sammy y Derek no se habían visto a sus espaldas ni les habían engañado. Poco a poco, entre las noches que se quedaban a dormir con Leone y con él, los fines de semana y las vacaciones, se habían ido acercando y, mientras Theo se centraba en otras cosas como programar, entrenar para sus maratones y las clases, y Leone lo hacía en su tesis, Sam y Derek se habían enamorado.

Ambos lloraron cuando les confesaron cómo se sentían.

Y se disculparon una y otra vez.

Leone había estado sentada en esa misma butaca y Theo tumbado en el sofá lanzándose pasas cubiertas de yogur a la boca como si le diera igual lo que oía. Pero no le daba igual.

No había vuelto a probar las pasas desde entonces.

Y tampoco había encontrado otra novia.

Había tenido aventuras pasajeras, eso sí, porque le gustaba el sexo, pero no había alcanzado con nadie ese grado de confianza que te lleva a usar la palabra «novia». No creía que nadie fuera a quererlo tal y como era, defectos y todo.

Y Leone tampoco se había animado a tener ninguna cita.

—¿Qué te parece si pedimos algo? —sugirió Theo—. Podemos encargar esa *pizza* calzone de pollo y tomates secos que tanto te gusta, poner música depresiva y lamentarnos hasta que amanezca.

Leone se rio.

—Tomates secos, Theo, no resecos.

Theo era consciente de su error, pero la verdad era que no lo había descubierto hasta el año pasado cuando prestó atención a lo que ponía en la etiqueta.

—Lo que tú digas. —Besó la frente de su hermana, se tiró de nuevo en el sofá y cogió el sobre que les había mandado su madre—, pero esos tomates han sido secados hasta dejarlos resecos así que llamarlos así tiene toda la lógica del mundo.

—Bueno, qué, ¿vas a leer el resto del correo? —preguntó Leone con una risita.

—Sí, y prepárate, porque mamá nos ha mandado nuestro horóscopo anual.

Horóscopo, en singular, porque Leone y él eran gemelos.

Theo desdobló la página de la revista de astrología favorita de su madre y empezó a leer en voz alta:

—«Empieza un nuevo año, Leo. Prepárate para hacer grandes cambios en tu vida y usa tu orgullo y cabezonería para sacarlos adelante».

Theo sabía que los horóscopos eran gilipolleces inventadas para hacerte creer que la vida tenía un propósito, pero, aun así, se le erizó el vello de la nuca.

Era fácil aplicar lo que leía a su situación. Y a la de Leone, claro.

Se aclaró la garganta y siguió leyendo:

—«Alguien nuevo entrará en tu vida a principios de año, Leo. Puede que te sientas frustrado, pero tendrás que ser positivo y reírte, porque este podría ser el comienzo de una próspera amistad».

—¿Podría referirse a un compañero de piso? —dijo Leone sentándose encima de una pierna—. Por cierto, nuestra primera entrevista es el lunes por la mañana antes de clase.

—¿Antes de clase? Pero si a esas horas no soy persona.

—Eso no es verdad —dijo su hermana—. Y deja de ponerme esa cara.

—¿Cómo sabes qué cara te estoy poniendo?

—Pues porque no fui ciega los primeros quince años de mi vida, y te conozco. —Sonrió y le hizo un gesto con la mano para que continuara—. Venga, sigue.

—«Si a principios de primavera te sientes agobiado, respira hondo y apóyate en alguien cercano a ti. Las relaciones de amistad evolucionarán a finales de la estación de las flores y puede que recibas cierta información que te descoloque, pero, no te preocupes, porque podrían ser las noticias que necesitabas oír. Puede que tu cabeza y tu corazón estén en desacuerdo durante la primera mitad del año, Leo, y tienes todas las papeletas para obviar lo obvio, pero escucha atentamente a tu voz interior y, si te sientes confundido, háblalo con algún ser querido. No tengas miedo al rechazo, Leo. Levanta la cabeza, sé tú mismo, saca a tu yo resplandeciente y apasionado, y las personas correctas gravitarán a tu alrededor; puede que incluso, tu alma gemela».

A petición de Leone, Theo leyó de nuevo el último párrafo.

Su hermana canturreó pensativa, tanteó la mesa y cogió la tarjeta.

Theo frunció el ceño mientras miraba como Leone se dirigía con cuidado al frigorífico y pegaba la cartulina en la puerta.

—¿Qué estás haciendo?

—Puede que nuestro horóscopo esté en lo cierto y que haya llegado la hora.

Theo fingió una carcajada y dijo:

—Pues el horóscopo no nos avisó de cómo nos iban a joder la vida el año pasado, así que no te hagas muchas ilusiones. —Resopló—. Alma gemela, sí, claro.

—Lo del alma gemela es lo de menos. —Leone cuadró los hombros y, alzando la cabeza, añadió—: Es lo de no tener miedo al rechazo. Tenemos que seguir adelante.

—¿Hablas de ir a la boda? ¿Reír y bailar como si no nos afectara? —contestó Theo mientras se aferraba con fuerza a los bordes de la revista.

—Eso es —dijo Leone—. E iremos con pareja. Será estupendo.

La mirada de Theo vagó entre la tarjeta y la botella de Zinfandel que tenían encima del frigorífico.

—Necesito una copa.



—Paso de esto —dijo Theo.

Tras una botella de Zifandel, dos *pizzas* calzone y cinco canciones depresivas, Theo cogió su teléfono para cambiar la música.

Leone se rio.

—Me parece bien.

Pero cuando fue a quitar la canción que empezaba, Leone cogió su propio teléfono y apagó la música.

—Pero de lo que de verdad hay que pasar es de ellos.

—¿Y no es eso lo que estamos haciendo?

—No, pero lo haremos; y vamos a buscarnos pareja el uno al otro.

—¿Y por qué no se busca cada uno su propia pareja?

Leone le dedicó una risa de lo más siniestra.

—Porque se nos da fatal. Si no, no estaríamos aquí un viernes por la noche ahogando nuestras penas, mano a mano.

Ahí tenía que darle la razón a su hermana.

Theo cogió su ordenador e inició sesión en Facebook.

—¿A quién conoces que pueda encajar conmigo? —dijo Leone tras un hipo, sus piernas colgando de uno de los brazos de la butaca y los hombros apoyados en el otro.

Theo tenía cientos de *amigos*, gente que había conocido de pasada. Hacía amigos muy fácilmente, el problema parecía ser mantenerlos.

Echó un vistazo a los perfiles de las personas que conocía de forma más estrecha e hizo una mueca cuando comprobó que eran solo tres: Alex, Ben y Kyle.

Si eso no le hacía a uno recobrar la sobriedad...

— ¿Y bien? ¿Alguien?

—Sigo buscando —contestó Theo mordiéndose el labio.

Se quedó mirando las fotos que había publicado Ben en su muro. Ahí estaban las dos parejas todo sonrisas y mejillas sonrosadas. Ben y Kyle flanqueaban a Sammy y Derek frente a unos

árboles nevados. En la entrada podía leerse que habían ido a pasar el fin de semana a Lake Erie.

Theo volvió la vista hacia la botella de vino vacía, pensando que posiblemente tuvieran vodka en el congelador.

—¿Qué tiene que tener un chico para gustarte? —le preguntó a su hermana mientras las fotos de Ben llamaban de nuevo su atención.

Y pensar que hace un año hubiera sido Theo quien estuviera en esas fotos al lado de Sam.

—¿Honestidad? Que sea comprensivo —dijo Leone—. Quiero encontrar a alguien que me haga sentir que no soy ciega. Alguien con quien me divierta, que me ponga el mundo del revés.

Lo peor de haberlo dejado era comprobar que sus amigos eran más amigos de ella que de él.

—También busco fuerza —continuó Leone —, tanto física como mental.

Theo hizo un ruidito de asentimiento.

—Fuerza, honestidad, que te entienda. Tomo nota.

Él solía pasar muchísimo tiempo con Ben, de bares o jugando a la consola.

—También quiero que sea compasivo. Y busco confianza ciega. —Leone se rio—. ¿Has visto lo que he dicho?

—Sí, sí, eres un genio con los dobles sentidos.

Su hermana fue palpando hasta encontrar un cojín y lanzarlo en su dirección. Theo lo esquivó, golpeándolo.

—Hay muchos chicos entre los que elegir —mintió—, necesitareé tiempo para reducir las opciones.

—Tenemos hasta mayo.

Entró en el perfil de Alex, un chico con el que iba a clase de Marketing y para el que estaba haciendo un diseño web. La última foto publicada había sido tomada hacía cinco minutos y era de Alex bailando con su novia en una discoteca.

Pues muy bien.

Ahí tampoco había nada que hacer.

La mera idea de decirle a Leone que no tenía a nadie le daba hasta vergüenza.

Puede que lo de la amistad se le diera fatal, pero eso iba a cambiar. Y no porque su horóscopo lo dijera, sino porque él haría algo para cambiarlo.

Encontrar a la pareja perfecta para su hermana se acababa de convertir en algo personal.



Leo quiere a Aries es una novela con mucho troteo, con un amor que se cuece a fuego lento entre dos compañeros de piso que van de amigos a amantes (*friends-to-lovers*). Un romance chico-chico con final feliz y esperanzador. Se trata de una historia *New Adult* que se desarrolla en un entorno universitario y que abre la serie Signos de amor.



Leo quiere a Aries

Signos de amor #1

Agradecimientos

Gracias a mi maravilloso equipo por estar siempre ahí, apoyándome y haciendo lo que mejor se os da. Un agradecimiento especial a Ashely Ohlman por la lectura de sensibilidad.

Sobre la autora

AMOR TAN A FUEGO LENTO QUE TE PARARÁ EL CORAZÓN

Soy una grandísima fan de los romances que se cuecen a fuego lento y es que me encanta leer y escribir sobre personajes que se van enamorando poco a poco.

Algunos de mis temas favoritos son: historias cuyos protagonistas van de amigos —o enemigos— a amantes; chicos despistados que no se enteran de nada y en sus romances todo el mundo es consciente de lo que pasa menos ellos; libros con personajes bisexuales, pansexuales, demisexuales; romances a fuego lento y amores que no conocen fronteras.

Escribo historias de diversa índole, desde romance contemporáneo gay con tintes tristes, a romances totalmente desenfadados e, incluso, algunos con un toque de fantasía.

Mis libros se han traducido al alemán, italiano, francés, tailandés y español.